

EL RESURGIR

DE *Ana*



**CHRISTIAN
MARTINS**



**EL
RESURGIR
DE ANA**

CHRISTIAN
MARTINS

EDICIÓN NOVIEMBRE 2021

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS. QUEDA RIGUROSAMENTE PROHIBIDA, SIN LA AUTORIZACIÓN ESCRITA DE LOS TITULARES DEL COPYRIGHT, BAJO LAS SANCIONES ESTABLECIDAS POR LAS LEYES, LA REPRODUCCIÓN PARCIAL O TOTAL DE ESTA OBRA POR CUALQUIER MEDIO O PROCEDIMIENTO, INCLUIDOS LA REPROGRAFÍA Y EL TRATAMIENTO INFORMÁTICO, ASÍ COMO LA DISTRIBUCIÓN DE EJEMPLARES MEDIANTE ALQUILER O PRÉSTAMO PÚBLICO.

COPYRIGHT © 2021 HAIZEA LÓPEZ

*Para mi Ana, que nunca
me falla y siempre,
siempre, está ahí.*

La música está alta.

Me aferro al brazo de Leo con fuerza, como si tuviera miedo de que un ente invisible fuera a tirar de mi cuerpo y a raptarme. Me digo a mí misma que no tengo por qué estar nerviosa, pero es inevitable sentir ese cosquilleo intenso en mi bajo vientre. Suspiro hondo, muy profundamente, procurando calmarme.

Él me aprieta de forma cariñosa el brazo y sonrío. Yo le devuelvo la sonrisa mientras el camarero nos pregunta qué queremos tomar. Nos sentamos en dos taburetes altos y pedimos un par de gin-tonics. El ambiente es tranquilo, no hay mucha gente y la mayoría de los presentes han venido en parejas. No sé por qué, eso me tranquiliza. Sí, es absurdo.

—¿Puedes relajarte y disfrutar?

Asiento con la cabeza, aunque en el fondo ambos sabemos que no lo haré.

Levanto la vista hacia Leo y me pierdo durante unos segundos en sus ojos azules. Son tan intensos, tan profundos... A diferencia de mí, tiene los ojos pequeños. Pero el color de su iris es tan fascinante que es capaz de cautivar a cualquiera con tan solo una mirada.

—Y ahora... ¿Qué? —pregunto con curiosidad antes de darle un sorbo largo a la copa.

No sé muy bien cómo debo actuar y eso hace que mi intranquilidad aumente todavía más. Me siento fuera de lugar.

—Ahora lo que nos dé la gana —me cuenta—. Como hemos venido juntos, podemos pasar al resto de las salas e... inspeccionar.

—¿Al resto de las salas?

Leo me guiña un ojo, sin añadir nada más. Supongo que quiere que lo descubra por mí misma, sin adelantarme nada.

—¿Y si hubiéramos venido por separado?

—Si hubiéramos venido por separado tú podrías pasar al resto de las zonas, pero yo sin una invitación previa, no —me explica—. Aquí hay unas normas y las personas que frecuentan este sitio son bastante estrictas a la hora de cumplirlas.

—¿De quién tendría que ser la invitación?

La verdad es que cada vez me siento más perdida. No sé si en un lugar como este seré capaz de cumplir ninguna de mis fantasías sexuales. En realidad, ¿las tengo? ¿Tengo alguna fantasía sexual? Empiezo a pensar que soy demasiado simple —o poco perversa, según se miré—.

Creo que esto de querer descubrir nuevos placeres y abrirme al mundo no está hecho para mí, pero como ya estamos aquí, no digo nada y decido dejarme llevar sin pensar en nada más. Despejar la

mente y ponerla en blanco, de forma que solamente tenga que dejarme llevar por Leo.

—La invitación tendría que ser de otra pareja, por ejemplo —me dice—. ¿Quieres que pasemos al resto de las salas? ¿Te apetece verlas?

No sé si estoy preparada o si, antes, necesito ingerir un poco más de alcohol para conseguir desinhibirme. Leo puede ver la confusión en mi rostro, así que me atrae hacia él y me susurra en el oído que será divertido y que nos lo pasaremos bien. Me gustaría creerle, pero tengo serias dudas al respecto. Me sujeta por la cintura y me atrae hacia su cuerpo antes de encarcelar mi rostro con delicadeza entre las palmas de sus manos. Después, me besa. Un beso húmedo, intenso y muy sensual. Uno de esos que son capaces de despertar el deseo en mi interior. Noto ese familiar cosquilleo en mi bajo vientre mientras él desliza la mano con delicadeza por mi cuello y va descendiendo muy despacio hasta culminar justo en el lugar en el que la tela de mi vestido se extingue. Introduce la mano por debajo, levantando la tela, hasta llegar a mi sexo. Me toca por encima de la ropa sin dejar de besarme. Yo suspiro de placer, ignorando por completo que estamos en un lugar público y que cualquiera podría estar vigilándonos. Escondo mi rostro en su pecho mientras le suplico en un susurro involuntario que se esté quieto. Es curioso, porque una parte de mí sabe que no es momento para esto y otra, en cambio, no quiere que pare. No quiere que se detenga.

—Se me ocurre por dónde podríamos empezar... —ronronea en mi oído.

Le miro fijamente con expectación, intentando adivinar qué es lo que está pensando. Pero, si he de ser sincera, Leo es una auténtica caja de sorpresas. Nunca tengo ni la más remota idea de lo que piensa dentro de esa cabecita suya.

—Ven conmigo —dice, tirando de mi brazo.

Cojo la copa y le sigo por la sala. Varios de los presentes se quedan mirándonos, un par de ellos con descarada fijación. Me fijo en una pareja cercana a la puerta porque ella me guiña un ojo. Ella es alta, pelo rizado y cobrizo. Tiene los ojos verdes o marrones muy claros, no lo sé. El lugar está tan oscuro que no sé diferenciarlo bien. Él también es alto, pero muy moreno. Tanto de piel como de cabello. No sé por qué, se me antojan un tanto exóticos. Ambos parecen extranjeros y..., extraños. Derrochan un aire místico.

—¿Quieres quedarte un rato más aquí? —pregunta Leo al ver que me detengo con curiosidad—. Si nos quedamos podría...

—No, no. Vamos a donde quieras —le corto.

La verdad es que no sé cómo desenvolverme y eso me hace sentir un poco torpe. Decido dejarme guiar por Leo y, si por lo que fuera esto se complicara o se fuera de madre, salir corriendo. Si algo he aprendido de Laura es que uno siempre está a tiempo para salir corriendo y desaparecer.

Caminamos por un pasillo oscuro de color rojizo. En el suelo hay una moqueta escarlata que le da un aspecto bastante tétrico. Las luces del techo son rojas, a juego con el suelo. Sé que el objetivo es crear un ambiente sensual, pero he de admitir que a mí solamente me transmite cierto desasosiego. “Cambia de actitud, Ana”, me digo

a mí misma mientras me repito de forma interna eso de que si he venido aquí es para disfrutar y dejarme llevar.

—¿Estás bien? —repite él, apretándome la mano con cariño.

Dejamos atrás varias puertas.

No paso por alto que Leo conoce este lugar increíblemente bien y que parece desenvolverse por aquí con soltura. Es evidente que lo ha frecuentado bastante, pero... ¿Cuánto? Le miro mientras camina. Me tiene agarrada de la mano, muy pegadita a él. Me gusta tenerle tan cerca porque no me siento insegura. En el fondo, no puedo evitar preguntarme qué hago aquí y si este lugar está hecho para mí. Sí, sé muy bien cuál sería la respuesta de Laura: que desconecte de mis pensamientos por un rato. Que deje de pensar y libere la mente.

Leo abre una puerta y se hace a un lado para que pase al interior de la sala. Está vacía, no hay nadie. Es una sala redonda con sofás de cuero y poco más. No sé por qué, me esperaba algo parecido a una mazmorra, con látigos y gente con el rostro oculto por siniestras máscaras. Pero no, nada. Estamos a solas y lo único que hay es sofás. Sofás bonitos, grandes y cómodos. Me dejo caer en uno y le doy un sorbo a la copa, acabándomela casi de un trago. Después la dejo en una pequeña mesita auxiliar que hay a mi lado y miro a Leo con curiosidad.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunto sin comprender nada, con una sonrisa en los labios.

—Jugar —me responde con un tono de voz tan provocador que me vuelvo loca solo al escucharle.

Vuelve a besarme. Sus manos se deslizan por mis piernas y vuelven a ascender suavemente por encima de la tela de mi vestido. Tira de mis medias, desgarrándolas por completo. Le lanzo una mirada asesina y él se echa a reír con picardía. Esta vez, la yema de sus dedos se desliza por mi piel provocándome un escalofrío que me hace temblar de placer. Estar al lado de este chico y mantener el ritmo normal de mis pulsaciones es algo imposible.

—Leo... —murmuro, mientras él hace a un lado mi ropa interior.

Una oleada de placer inunda mi cuerpo. Soy consciente de que estamos expuestos y de que, en cualquier instante, alguien podría entrar por la puerta.

—¿Y sí...? —comienzo, pero él me interrumpe con otro beso.

—Para eso estamos aquí —responde, adivinando mis pensamientos.

Que alguien pueda interrumpirnos justo en este instante me resulta tan confuso como excitante. Jadeo de forma involuntaria mientras intensifico el beso que recibo de él. Mis manos recorren su torso, anhelando más, pero sin atreverse a ir más lejos. No termino de estar cómoda, de sentirme a gusto y en mi entorno. Las luces son tan tenues que prácticamente estamos a oscuras. Hay la justa iluminación para poder apreciar lo que nos rodea, aunque concediéndonos la intimidad necesaria para no sentirnos expuestos. Leo introduce un dedo en mi interior, después dos. Su lengua acaricia mi cuello y va bajando con un excitante reguero de besos hasta mi escote. Entonces, en ese instante, la puerta de la sala se abre. Doy un respingo, sobresaltada, pero él, no se detiene. Más

bien, lo contrario, me atrae con más fuerza contra su cuerpo e intensifica sus caricias con el claro objetivo de desquiciarme. Levanto la vista, sintiéndome expuesta. Son ellos; la pareja que he visto antes en el bar del local. Me siento extraña, observada e... Intento hacerme a un lado, nerviosa, pero Leo me besa con tanta intensidad que todo da vueltas y la pasión se adueña de mí. Por un segundo, se me olvida, incluso, que ese par de desconocidos ha entrado dentro. Él no parece preocupado por ellos, y deduzco que a mí tampoco debería importarme. Se sientan en el sofá que está frente al nuestro. Hay la suficiente distancia como para sentir que tenemos espacio, pero es imposible no notar sus miradas clavadas en nosotros. Mis ojos se cruzan con los de la chica pelirroja mientras Leo tira de mi vestido para sacármelo de la cabeza. “Joder”, pienso, incapaz de decidir si esto me gusta o me espanta. Entonces, me sonrío. Ella me sonrío y se muerde el labio de forma juguetona. Se lleva una mano al cuello y retira su cabello a un lado con sensualidad. Yo, en bragas y en sujetador, noto cómo las tres personas con las que comparto espacio me dedican toda su atención, y... ¡Uf! La intensidad de todo lo que siento es tan inmensa que me siento desbordada. Muy excitada.

Leo me besa la clavícula con suavidad. Es increíble que esté aquí, en ropa interior, delante de unos auténticos desconocidos... Las manos de mi acompañante rodean mi espalda para desabrochar con soltura mi sujetador y liberar mis pechos. Su lengua se desliza suavemente por mi pezón y todo da vueltas a mi alrededor. Cuando miro hacia delante, me fijo en que la chica pelirroja le ha desatado el pantalón a su acompañante y que está acariciándole, masturbándole. Una intensa oleada de calor recorre mis entrañas y

siento que, poco a poco, voy perdiendo el control y me dejo llevar... Miro a Leo. Puedo notar lo mucho que me desea y lo mucho que está disfrutando con esto. Y, ¿para qué negarlo? Yo también lo estoy disfrutando. Sentir cómo ellos se excitan con mi placer me hace perder la cabeza por completo.

Querer más.

Me incorporo y desabrocho el pantalón de Leo con torpeza. Sigo notando la mirada de la pareja de enfrente clavada en mi espalda. Dios, esto es... Es diferente y es embriagador. Nunca antes me había sentido tan observada y tan deseada. Leo me sujeta de la cintura, atrayéndome aún más hacia él hasta sentarme sobre su regazo. Se lleva uno de mis pechos a la boca mientras sus manos aprietan mis nalgas. Escucho los jadeos de la otra pareja, los suspiros de placer. "Oh, Dios...", murmura él con voz ronca. Mi excitación aumenta todavía más mientras Leo hace a un lado mi ropa interior. Su miembro erecto, firme, dispuesto, me roza. Me excita, me provoca. Su lengua en mi piel, sus manos recorriendo mi cuerpo, su respiración fuerte y entrecortada suspirando en mi oído.

—Ana... —susurra tan bajo que solamente yo puedo escucharle—, me vuelves loco...

Y aunque no me salen las palabras, me encantaría decirle que él a mí también. Me penetra lentamente y yo echo la cabeza hacia atrás mientras aprieto con mis manos sus hombros en un intento absurdo de contener todo este placer que me arrolla, que me abrasa. Mis caderas comienzan a moverse de forma involuntaria y mis jadeos se mezclan con los de Leo, con los de la chica pelirroja y con los del

hombre moreno que hay detrás de mí. No les veo porque les estoy dando la espalda, pero puedo imaginármelos ahí, tocándose y disfrutándose mientras nos miran con fijación.

Dios, no pensé que esto sería así. Que esto sería tan embriagador y tan diferente. Me inclino sobre Leo y ahogo un grito en su hombro, dejándole la marca de mi dentadura superficialmente marcada. Entonces todo empieza a dar vueltas, a girar más y más rápido. El orgasmo está a punto de arrollarme cuando Leo me hace a un lado, tumbándome sobre el sofá. Se inclina sobre mí y yo rodeo su cadera con mis piernas para recibirle con más fuerza. Ellos... Ellos siguen tocándose. La chica pelirroja está casi desnuda. Aunque siempre he sido muy realista con el cuerpo femenino y he podido opinar sin tapujos sobre si otra mujer es atractiva o no, nunca hasta la fecha me había fijado en él de esta forma. Ella me resulta excitante. Aún en la oscuridad, puedo intuir sus caderas prominentes, sus voluminosos pechos, su cintura escueta. Pensaba que mi vista se iría irremediablemente en dirección su pareja, pero no es así. La que me provoca tanta excitación es ella. Cómo se mueve, cómo se comporta... Cómo me mira mientras Leo me toca, me besa.

La pelirroja se inclina sobre él con sensualidad, colocándose como una felina. Se introduce su erección en la boca y comienza a lamerle con tanta sensualidad que soy yo la que se vuelve loca de placer. La que pierde el norte, el sur... Aprieto a Leo con más fuerza contra mí. Puedo sentir su respiración ronca y sus manos temblorosas acariciándome los pechos. Puedo notar cómo el orgasmo se acerca a él, como la excitación comienza a volverse insostenible e incontrolable. Todo es tan intenso, tan diferente y tan nuevo... Que

me resulta arrollador y termino explotando casi en el mismo instante en el que lo hace él. Leo se queda apoyado sobre mí unos instantes más mientras nuestros cuerpos dejan de temblar con lentitud. Mientras tanto, él acaricia mi vientre con la yema de su dedo índice, justo en el preciso instante en el que el acompañante de la pelirroja alcanza el orgasmo justo en el momento en el que ella se saca su erección de la boca.

Me incorporo en el sofá, mirándolos tan fijamente que llego, incluso, a olvidarme de la presencia de Leo.

—¿Estás bien? —me pregunta él con un tono de voz dubitativo.

Le respondo con una silenciosa sonrisa y él, satisfecho, me devuelve el gesto. Recupero las prendas y me visto, dando por perdidas mis medias. Me digo a mí misma que nada más salir de esta sala tendré una seria charla con Leo sobre esa manía suya de desgarrarme la ropa interior y las medias.

Él también se viste, casi de forma simultanea a la pareja que hay frente a nosotros. Cuando nos levantamos del sofá, se acercan para saludarnos y de pronto tengo la sensación de que son dos viejos amigos que conozco desde hace tiempo y que hacía mucho que no veía.

—¿Una copa? —pregunta ella, guiñándole un ojo a Leo.

Otra intensa oleada de placer me hace temblar de pies a cabeza.

Acabo de descubrir que los juegos no son solo para los niños.

Me dejo caer en la cama aún con el cabello mojado, totalmente desnuda. Me lo he secado superficialmente con la toalla, pero todavía estoy húmeda. Estoy cansada. Agotada, más bien. Son las ocho de la mañana y solamente habré dormido unas cuatro o cinco horas.

La verdad es que, últimamente, sufro de una importante falta de sueño. Ayer regresé a casa sobre las tres y hoy a las seis y media ya me había desvelado y no era capaz de volver a conciliar el sueño. Mi cabeza da vueltas y más vueltas, reproduciendo cada instante que viví la noche anterior.

¡Uf! ¡Qué noche!

He de admitir que fue mucho más intensa y excitante de lo que me imaginaba. Mucho más... sensual. Acabo de descubrir que, junto a Leo, hay mil fantasías que se me cruzan por la mente y que me encantaría hacer realidad, aunque empiezo a asustarme de mi capacidad imaginativa.

Me río tontamente mientras me prometo a mí misma que esto jamás se lo contaré a Laura. Sé que me acibillaría a preguntas y que se convertiría en monotema de conversación en nuestras quedadas, así que tengo claro que esto será mi secreto. Nuestro secreto, porque Leo tampoco dirá ni una sola palabra. Lo que ocurre en el New Fantasía, se queda en el New Fantasía. Como en las Vegas, pero en Bilbao.

Cierro los ojos y, al hacerlo, vuelvo a ver a Raquel en el sofá de enfrente, inclinándose sobre Rober. Así se llamaba la pareja de la sala de los sofás. Solamente hemos compartido una copa y poco más con ellos, pero he de admitir que me ha gustado mucho conocerlos. No sé por qué, creí que en un lugar como ese todos se conocerían, y me ha sorprendido que para Leo también fueran “gente nueva”. Nos hemos presentado, hemos tomado una copa y hemos intercambiado nuestros números de teléfono para quedar una próxima vez.

Solo imaginarme a ella de esa forma, sobre él... Vuelvo a sentir ese cosquilleo en mi bajo vientre. Tan intenso, tan excitante, tan... Estiro el brazo y abro el cajón de la mesilla para sacar el “aparato mágico” que Laura me regaló poco después de enterarse de mi divorcio. Lo enciendo y lo pongo a velocidad baja. Lo deslizo por mi vientre hasta introducirlo en mi entrepierna, y entonces aumento la velocidad. Un cosquilleo de placer recorre mis extremidades. Mi mano libre asciende hasta mis pechos. Cierro los ojos, sintiendo el placer. Concentrándome en él, disfrutándolo. En mi mente proyecto la escena de Raquel y Rober, sentados frente a nosotros. Ella le quita a él la ropa a tirones mientras él le come la boca. Y Dios, qué excitante... ¡Qué sexual! ¡Qué placer sentir a Leo tocándome mientras ellos se deshacen de cada prenda que les sobra!

Aumento más la vibración, que se apaga y enciende de forma intermitente acercándome a un inesperado y rápido orgasmo. Leo, Raquel, Rober... Los veo como si estuvieran delante de mí. Ya están desnudos y él se levanta del sofá para acercarse a nosotros.

—¿Vienes? —me dice, tendiéndome la mano.

Yo también estoy desnuda, porque Leo ya se ha encargado de ello unos minutos atrás.

—Sí... —susurro en voz baja con el tono de voz algo titubeante.

Me levanto del sofá y le sigo.

Su mano áspera rodea mi muñeca y tira suavemente de mí para que camine tras él. Lo hago, por supuesto, hasta terminar sentada en el centro del sofá. Raquel me mira y me sonrío, y Rober hace lo mismo. Jamás imaginé que una situación semejante pudiera resultarme tan interesante, tan excitante, tan desquiciante. Leo, frente a nosotros, sonrío y se acomoda en el sofá con las piernas cruzadas y los brazos abiertos sobre el respaldo. Se está preparando para el espectáculo.

Levanto la cabeza para mirar a Raquel. La distancia entre nosotras desaparece y antes de que quiera darme cuenta sus labios ya presionan los míos. Es la primera vez en mi vida que me besa una mujer, y me encanta. Me gusta. Su lengua se mueve de forma intensa, inspeccionando mi boca. Suspiro cuando se separa de mí, pero no me da tiempo a recuperar la compostura cuando siento la mano de Rober deslizándose hacia mi monte de Venus. Y, en ese momento, la vibración del “aparato mágico” desaparece recordándome que la última vez que lo usé se me olvidó cargarlo. Maldigo para mis adentros regresando a la realidad, dejando atrás el sofá y a mis dos nuevos amigos y concentrándome en el techo blanquecino que tengo sobre mi cabeza.

—Joder... murmuro, incorporándome de golpe mientras hago un esfuerzo mientras siento mi corazón latiendo a mil por hora en el

interior de mi pecho.

No me doy cuenta de ello, pero una sonrisa intensa aflora en mi rostro cuando me incorporo sobre la colcha para volver a la ducha. El calor que me abrasa es tan intenso que creo que voy a necesitar un poco más de agua fría para despejar mis pensamientos.

Dos horas más tarde, me sorprendo a mí misma colocando el caballete en mitad del salón. El lienzo en blanco decora la estancia y, mientras tanto, yo estoy sentada en el sofá con la libreta sobre mi regazo y el bolígrafo en la mano. Las palabras brotan de mi interior y antes de que sea siquiera consciente de lo que estoy haciendo, la página en blanco comienza a llenarse de frases, tachones y poemas. Poemas que salen de mí más profundo dolor y de mi más profundo placer. Porque eso es Marcos para mí (dolor) y eso significa Leo (placer). Una extraña variedad que ahora mismo se encarga de mantener la balanza de mi cordura equilibrada —o, al menos, lo suficiente para que no pierda la cabeza por completo—.

Leo. Tres letras que llevan horas rondando mi cabeza y de las que no consigo desprenderme. Él es sinónimo de intensidad, de ganas, de excitación, de querer conocer y ver mundo, de no tener miedo a vivir hasta el límite, aunque las consecuencias den miedo. Aunque esas vivencias sean una auténtica locura, perversa e indomable.

Las horas pasan y cuando quiero darme cuenta mis manos están repletas de tinta y de acuarela. Me levanto del sofá para preparar una cafetera, pero es el único instante en el que me permito tomarme un descanso porque en este momento mis musas están más activas que nunca.

Casi a las siete de la tarde me doy cuenta de que mi teléfono móvil está sin batería y lo pongo a cargar justo antes de dejarme caer en sofá con una tarrina de helado de galleta sobre mi regazo. Suspiro hondo, satisfecha conmigo misma. ¿Hacía cuánto tiempo que no tenía un día tan productivo? ¿Hacía cuánto que las ideas no se amontonaban en mi cabeza de esta forma? Mucho, muchísimo.

Mi inspiración desapareció casi en el mismo instante en el que mi relación con Marcos comenzó a ir en declive, emborronándome las ideas y mi capacidad de creación. Estos últimos meses no he sido capaz de sacarlo de mi cabeza y mi obsesión por él y por salvar nuestra relación es lo que ha hecho que mi talento artístico mengüe —o, mejor dicho, desaparezca—.

Aún no he pasado página. Lo sé porque, cuando pienso en Marcos, todavía puedo sentir el dolor en mi interior. No soy capaz de recordar todos los buenos momentos que vivimos juntos sin sentir angustia, sin pensar que lo que he perdido es inmenso y precioso y que nunca jamás conseguiré encontrar a alguien que me aporte tantísima felicidad como lo ha hecho él.

Sí, también sé que mi felicidad debería depender única y exclusivamente de mí. Por supuesto que soy consciente de ello, pero... Seamos realistas, todos en algún momento de nuestras vidas hemos tenido miedo de quedarnos solos. De envejecer en soledad sin haber encontrado a esa alma gemela que nos aporte calma, paz y seguridad.

Todavía estoy procesando que Marcos no será esa persona con la que pasaré los próximos años de mi vida y con la que envejeceré.

Puede, directamente, que envejezca sola. Y esa posibilidad me aterra tanto que soy consciente de que tengo que hacer un trabajo interno para empezar a disfrutar de mi propia compañía.

Ana. Esa soy yo.

Me pregunto cómo me describiría la gente, pero no soy capaz de adivinarlo. Supongo que mi amiga Laura opinaría que soy una mojigata, más seria de lo que debería y un poco aburrida en aspectos generales. Marcos... Marcos ha conocido otra faceta de mí, pero intuyo que opinaría algo semejante. De no ser así, ¿por qué ha decidido pasar página y olvidarme? ¿Por qué ha decidido sacarme de su vida?

Es curioso, porque yo miro mi interior y no sé decir quién soy, pero sí la persona que quiero ser. Quiero ser una Ana fuerte y decidida, una Ana con los objetivos claros y con ganas de comerse el mundo. Quiero hacer historia, marcar el rumbo de alguien, quiero ser una Ana feliz. Sí, eso es lo más importante de todo: quiero ser feliz.

El timbre de mi casa suena y yo pego un respingo, desprevenida, derramándome un poco de helado de galleta sobre el regazo. Voy vestida con un chándal negro y con una camiseta de los Lakers. Me arrastro hasta la puerta principal preguntándome quién será, pero todas mis dudas quedan resueltas cuando la voz chillona de Laura aparece al otro lado de la puerta.

—Me vas a dejar en la calle o qué? —me recrimina.

Abro y me la encuentro empapada de pies a cabeza. No tiene buen aspecto. Sus ojos enrojecidos y el rímel corrido que patina por sus mejillas me indican que ha estado llorando.

—Te he estado llamando al móvil —me reprocha con mal tono—. ¿Se puede saber dónde tienes el maldito teléfono?

Yo no sé ni qué decir.

Creo que nunca antes había visto a Laura de esta forma: totalmente desquiciada.

—No... no lo sé —admito titubeante, sin saber muy bien qué responderle.

Ella se acerca hasta la ventana del salón, la abre de par en par y se enciende un cigarrillo. ¿Un cigarrillo? ¿Desde cuándo...?

—Pues deberías saberlo —suelta con tono gruñón—. Se supone que para eso están los teléfonos, ¿no? Para poder llamar a alguien en caso de emergencia.

—Lo siento... —susurro en voz baja, sintiéndome cohibida.

No sé qué es lo que le ha sucedido, pero sea lo que sea debe de haber sido algo grave.

Laura está tiritando. Asoma la cabeza por la ventana y deja escapar el humo entre sus labios sin siquiera girarse hacia mí.

—¿Qué ocurre, Lau?

Ella abre la boca, dispuesta a responderme, pero en el último minuto cambia de idea y guarda silencio. Yo me deslizo hasta la butaca que hay frente a ella y le acaricio el antebrazo con ternura. Está fría. Intuyo que debe de llevar varias horas en la calle, seguramente paseando mientras se decidía si venir a verme o no. Laura es así: intenta llevar las cargas en su interior y pocas veces se arma de valor para pedir ayuda. De alguna forma, se ha construido una

imagen de chica inquieta y divertida, que siempre está feliz y que no tiene problemas. Pero la realidad es diferente porque todos en algún momento de nuestra vida explotamos. Todos, tarde o temprano, terminamos perdiendo el norte o sintiéndonos sobrepasados por nuestros pensamientos.

—¿Me lo cuentas?

Ella suspira hondo, armándose de valor. Sé que no quiere decírmelo; sea lo que sea, prefiere guardárselo en su interior y no exteriorizarlo.

—Sergio me ha despedido...

Necesito varios segundos para procesar lo que me acaba de decir.

—¿Qué Sergio? —inquiero, procurando entender lo que dice.

—¿En serio, Ana? ¡Te estoy diciendo que Sergio me ha despedido!

Abro los ojos como platos, sin comprender absolutamente nada. Sergio, por supuesto, es su jefe. Laura y él tuvieron un lío hace un año o dos y de vez en cuando, sobre todo en las comidas y cenas de empresa, vuelven a recaer. Nada serio y nada que parezca, a priori, peligroso. Los dos se lo pasan bien y después cada uno vuelve a su rutinaria vida sin más preámbulos.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

Le da otra larga calada al cigarrillo justo antes de lanzarlo por la ventana. Observo cómo la colilla rebota en el alfeizar y desaparece cuando cae a un charco. Laura me mira fijamente mientras intenta aguantar la compostura sin mucho éxito. El labio inferior le tiembla.

Está nerviosa y no sabe dónde apoyar las manos, así que se las frota de forma compulsiva justo antes de cerrar la ventana y de hundirse en mi sofá. Yo le paso la tarrina de helado y la cuchara.

—¿Me vas a contar qué ha sucedido?

Laura sacude la cabeza en señal de negación antes de introducirse una cucharada repleta de helado de galleta en la boca.

—Venga, Lau... ¿Por qué te ha despedido Sergio? Os llevabais genial.

—Llevabais —puntualiza, recalcando—. Tú lo has dicho, en pasado.

Suspiro hondo y me levanto para ir a buscar otra cuchara y compartir la tarrina de helado.

—Me ha pillado tonteando con un compañero... —admite en voz alta, aunque con la cabeza gacha y sin mirarme—. ¿Te puedes creer lo hipócrita que es el tío? ¿Te parece normal que me despida por algo así?

—¿Te ha pillado tonteando con un compañero? —repito, sin comprender a qué se refiere exactamente—. ¿Tonteando?

Se seca las lágrimas rebeldes que aún empapan sus mejillas y vuelve a hundir la cuchara en la tarrina semi derretida de helado.

—¿Qué es exactamente tontear para ti, Lau?

—Cuatro besos detrás de la fotocopiadora —admite, aún con la cabeza gacha.

—Joder, Laura —escupo, lanzándole una mirada de reproche—. ¿Eso te parece tontear? ¿Qué te pillen liándote con un compañero en horas laborales detrás de la máquina fotocopidora?

—Yo no he dicho que haya sucedido en horas laborales...

—¿No ha sido durante la jornada?

Ella levanta la cabeza y... asiente.

Ya, claro, me lo imaginaba.

—¿Cómo esperas que no te despida?

—A él no le ha despedido —suelta de pronto, sin poder ocultar la rabia y el reproche—. Ha dicho que no puede despedirle porque es una pieza clave de la nueva campaña pero que será amonestado. ¿Y yo? ¡Yo a la calle! ¡Ni siquiera le ha temblado el pulso!

Suspiro hondo sin saber qué decir.

Es evidente que se intuye cierta vendetta y cierto reproche en su forma de actuar, pero... Pero también tengo que admitir que Sergio tiene razón. Laura tiene un claro problema con las normas y no es capaz de respetarlas. Siempre termina saltándoselas, rompiéndolas. Porque es excitante y porque no es capaz de recibir una negativa. Ella siempre tiene —y tendrá— esa manía de querer salirse con la suya en todo momento.

—Lau...

—No, Ana, no —me dice, levantando la cuchara en alto y señalándome con ella de forma amenazante. Después la introduce en el helado, se lleva una gran cucharada a la boca y continúa

hablando con la boca llena—. No me vengas con uno de tus sermones de niña buena porque no estoy de humor. Ese maldito cabrón se ha puesto celoso y...

—Lau, cálmate —murmuro en voz baja—. Vamos a pensar con la cabeza fría, ¿vale? No es el fin del mundo y esto puede que, incluso, te venga bien. Siempre decías que estabas harta de ese trabajo y que querías empezar de cero, buscar otra cosa... Además, Sergio y tú...

—Sergio y yo, ¿qué?

Se mete otra enorme cucharada de helado en la boca y agacha la cabeza. En ese momento comprendo que está conteniendo las ganas de echarse a llorar. Y al verla así, tan pequeña y tan dolida, algo se revuelve en mi interior. Algo inexplicable.

—Sergio y tú ibais a acabar muy mal si seguíais así —culmino, acercándome a ella para envolverla entre mis brazos—, así que puede que todo esto sea una oportunidad para empezar con otro proyecto que te aporte y te inspire más.

A Laura hay que venderle las cosas de esta forma, porque sino la vida se le hace una pelota y termina aplastada bajo ella.

—No sé... —admite en voz baja—. Puede que tengas razón...

—No te va a venir mal un pequeño descanso mientras decides qué hacer con tu vida —insto, procurando animarla—. Incluso podríamos hacer un viaje... Marcharnos unos días a la nieve o algo así.

Mi amiga suelta una carcajada antes de levantar la mirada en mi dirección.

—Abre una botella de vino y planeamos esa escapada —responde con los ojos chispeantes, pero esta vez por la ilusión.

Sí, amigos, así de volátil puede ser Laura. No necesita demasiado para pasar del llanto a la emoción en un simple pestañeo. Sirvo dos copas de crianza y regreso a su lado con el teléfono móvil en la mano, preparada para rastrear nuestra próxima salida.

Bebemos vino, comemos helado y hablamos del futuro. Creo que no hay nada mejor que sentarte a conversar sobre el futuro con una amiga.

Empezamos planeando nuestra salida a Andorra y terminamos imaginando cómo estaremos dentro de diez años. Es increíble, pero Laura me imagina casada y con cuatro hijos. Yo me imagino soltera, disfrutando de un par de buenos viajes de forma anual mientras me dedico a mis poemarios y a mis ilustraciones.

Ella se ve de fiesta, por supuesto. Los cuarenta no impedirán que continúe ingiriendo chupitos de vodka como si no hubiera un mañana. Y yo... Yo también la veo así. Laura es una niña grande, y ni siquiera el paso de los años podrá modificar ese espíritu infantil que vive en su corazón. Si está en lo cierto y algún día tengo niños, ella será la “tía guay” que se llevará a sus sobrinos al cine y los empachará a base de palomitas. Cuando diga que nada de azúcar, ella les suministrará chocolate a escondidas. Y estoy convencida, al cien por cien, de que la primera borrachera se la cogerán con su tía Laura. Sí, no tengo dudas al respecto.

Cerramos el viaje a Andorra y reservamos un par de noches en un spa. Hace muchísimo que no practico el snowboard, aunque ahora

mismo creo que me apetece más esquiar. Hay tiempo para decidirlo, porque aún faltan un par de semanas para que llegue el puente de diciembre. Y eso, a su vez, me recuerda que falta muy poco para los festivos navideños.

¿Qué voy a hacer con mi vida estas navidades, sin Marcos? Supongo que, lo lógico, sería disfrutar de los festivos con mis padres, pero admito que cuanto más barajo la idea, más la repelo. No sé cómo, pero siempre me las apaño para terminar discutiendo con mi madre. Con el paso de los años he descubierto que la mejor forma de conservar nuestra buena relación es viéndonos de vez en cuando. Una llamada telefónica a la semana, un café de vez en cuando... Poner distancia ha sido sano para las dos, así que no sé si me veo capaz de sobrevivir a una comida o a una cena familiar. Intuyo que sería un desastre y que las críticas y los reproches estarían servidos antes de los entrantes.

—¿Qué haces en año nuevo?

Su plan de los últimos años ha sido cenar en familia y salir de fiesta por Bilbao. Nada nuevo. Creo que lleva repitiendo esa misma rutina para despedir el año desde que con quince años sus padres la dejaron salir por primera vez.

—Aún no lo he pensado —miente—. ¿Qué propones?

Estoy convencida de que ya tiene pensando a qué cotillón asistirá. Sé el valor que le da a despedir el año y sé que la Nochevieja suele ser su evento favorito, ese que espera con ansias desde el principio.

—No tengo ni idea... —admito, suspirando.

No quiero ponerla en un compromiso.

Ella se frota las manos y le da un sorbo a su copa de vino.

—El hotel Carlton organiza un cotillón espectacular —me suelta hablando de forma atropellada—. Con cena incluida. ¿Qué te parece si hacemos una noche de chicas?

Una sonrisa aflora en mi rostro y, sin pensármelo, me lanzo a sus brazos y la estrecho contra mi cuerpo.

—Me parece una idea brillante.

Uno de los lados negativos de trabajar desde casa es que pierdes la noción del tiempo. Te sumerges en lo que estás haciendo y llega un instante en el que dejas de saber qué día es o hace cuántas horas que no ingieres ningún alimento.

Creo que es una de las cosas que menos me gusta de mi trabajo, y he de admitir que en alguna ocasión me he planteado hacerlo fuera. Alquilar un pequeño local en el que poder escribir y pintar, aunque siempre termino descartando la idea porque creo que, en realidad, el cambio no sería demasiado notorio. Seguiría sin tener compañeros de trabajo o alguien con quien tomarme un café a media mañana. No sé, una persona con la que cruzarme y comentar el mal tiempo que hace.

Pero supongo que, la clave, está en admitir que no todo puede ser perfecto y aprender a sobrellevar aquellos aspectos negativos que no podrás modificar por mucho que lo pretendas. El éxito, a veces, consiste en sentirte a gusto con tu propia vida y en valorar realmente aquellos aspectos que te hacen feliz, eliminando el resto de la ecuación. En definitiva, el éxito consiste en ser feliz con lo que tienes y aprender a disfrutar de cada segundo de la vida, sin esperar nada más de ella de lo que, en el presente, tienes entre las manos.

Me ha costado ser consciente de ello, pero he terminado aceptando que durante mucho tiempo he estado dormida. Petrificada. Es más, a veces tengo la sensación de que lo sigo estando y que mi vida no

es más que una nebulosa de la que, algún día, conseguiré salir. Como si todo fuera un sueño que tarde o temprano terminará. Sentiré esa caída al vacío y me incorporaré en mi cama, sudorosa y alterada mientras siento cómo mi corazón palpita con tanta fuerza que noto que el pecho me va a estallar. Entonces miraré al frente y me daré cuenta de que no sé dónde estoy ni cómo he llegado hasta ese lugar, pero tendré ganas de vivir. Sentiré esa incesante necesidad por expresar cada segundo, porque nada es eterno y todo termina pasando de largo. Cada minuto y cada instante cuenta, y algún día ese sueño del que me he despertado, también acabará. Y así, en bucle.

Todo se compone de etapas que se van cerrando para que otras puedan abrirse.

Hoy me he despertado un tanto melancólica e intensa. Soñadora, tal vez. Me he pasado buena parte de la mañana dibujando un corazón repleto de parches mientras observaba cómo las gotas de lluvia se proyectaban contra la ventana. Dicen que, en el norte, tenemos peor humor a causa del clima. Y admito que puede ser cierto. Seguramente, si viviera en el sur mi estado anímico habitual sería bastante diferente al que es, pero también admito que adoro ver llover y que nada me gusta más que un café caliente junto a un buen ventanal. Ni siquiera un paisaje nevado, completamente teñido de blanco, es capaz de evocar en mí todos los sentimientos que una tarde de lluvia.

Un rayo titila en el cielo haciendo parpadear los nubarrones grisáceos que acechan Bilbao. Habían dicho en el telediario que hoy iba a ser el día de las tormentas eléctricas y habían anunciado una

alerta naranja por lluvias torrenciales. Me alegro de ambas cosas, aunque sé que el noventa por ciento de los habitantes de esta ciudad opinarían que estoy como una auténtica regadera. Y, si he de ser sincera, a veces yo también tengo serias dudas acerca de mi cordura. Hay días en los que siento que mi cabeza está muy ordenada y que todos mis pensamientos tienen sentido, pero otras veces... Otras veces solamente hay caos y desastre en mi interior. Muchas voces y poca nitidez. Es como si mis pensamientos estuvieran sintonizados en una frecuencia de radio que no consigue sintonizarse bien.

Respiro profundamente mientras remuevo la taza de café. Hace rato que se me ha quedado frío, pero yo continúo aferrando la taza entre mis manos. El sonido estruendoso de un trueno hace retumbar el marco del cristal de mi ventana, esa contra la que tengo apoyada mi frente. Las calles están vacías y un torrente de agua se desliza por las baldosas de piedra que decoran las aceras. Las alcantarillas están desbordadas y los coches crean ondas de agua al deslizarse sobre el asfalto de las carreteras. Muy a lo lejos, detecto un paraguas rebelde que ha escapado al yugo de sus dueños y que intenta recorrer mundo mientras el viento lo agita de lado a lado, desplazándolo sin control.

Sí, me encanta la lluvia.

Y adoro Bilbao.

Vuelvo la vista al lienzo por unos instantes y observo el corazón repleto de parches que he dibujado sobre él. Supongo que así es como me siento yo. Como si me mantuviera entera gracias a esas

tiritas que intentan sanar sin mucho éxito las heridas que hay bajo ellas. Dicen que el tiempo y el olvido lo curan todo, pero no tengo muy claro que sean capaces de recomponer los pedazos rotos de un corazón que ya no late con regularidad.

El timbre de mi casa suena y yo, sobresaltada, compruebo la hora que es. Casi mediodía. Reviso mi teléfono móvil para ver si Laura me ha escrito, pero no tengo nada. Imagino que, si es ella, habrá venido sin previo aviso. Me arrastro con desgana por el pasillo y, antes de abrir, echo un vistazo a la imagen que me devuelve el espejo de la entrada. Estoy hecha un asco. El moño mal hecho que llevo sobre mi cabeza se asemeja más a un nido de pájaros, y el chándal que me he puesto esta mañana está salpicado por diferentes colores y pinturas. Además, estoy destrozada y casi no puedo moverme a causa de las agujetas. El fin de semana tranquilo de spa y relax en Andorra ha terminado por convertirse en un intensivo de deporte y de bajadas nevadas. Laura está más acostumbrada que yo y aguanta mejor el ritmo, pero yo no estoy en forma. En absoluto.

No echo un vistazo previo por la mirilla y, nada más abrir, me arrepiento de no haberlo hecho. No es Laura, ni el cartero. Qué va.

Es Leo.

Me sonrío de oreja a oreja, con cierto toque de malicia en la mirada, mientras me inspecciona de arriba abajo con detenimiento y descaro. Yo pongo los ojos en blanco y pongo los brazos en jarras mientras maldigo para mis adentros.

—¿Qué diablos estás haciendo aquí? —suelto, gruñona.

Él da un paso al frente, encarcela mi rostro entre sus manos y me besa con tanta fuerza que me deja sin respiración.

—Estás preciosa en pijama, así que si eso es lo que te preocupa...

—No es un pijama —me río, relajándome al instante—. Dame dos minutos para que me adecente, ¿vale?

Él levanta las manos en alto en señal de rendición antes de dejar caer los brazos. Recoge una bolsa que ha dejado en la entrada y pasa dentro, cerrando la puerta principal tras él.

—¿Qué traes? —pregunto a gritos mientras corro a mi habitación.

Me pongo unos vaqueros y una camiseta blanca, básica, antes de soltarme el pelo. Lo tengo sucio y enredado, así que cambio de idea y, en el último segundo decido volver a recogermelo en una coleta alta.

—Sushi —me dice, guiñándome un ojo mientras saca las bandejas—. Me dijiste que estabas inmersa en el nuevo poemario e imaginé que estabas descuidando tu alimentación.

—Has acertado de lleno —admito con una sonrisa coqueta.

Aunque Leo ha sido una visita totalmente inesperada, me alegra que esté aquí para distraerme un poco del trabajo y devolverme a la vida real. Se me olvidaba lo mucho que echaba de menos esto y lo mucho que me gustaba que Marcos se escapase del estudio para venir a comer conmigo. Ese ratito para mí significa mucha paz mental.

Pero Leo no es Marcos, por supuesto. Y yo hace semanas que dejé de ser la misma Ana que era en aquella época.

Pongo la mesa y me acomodo a su lado a escuchar qué tal le ha ido el día. Me cuenta que ha tenido un turno bastante tedioso y que, aunque no ha sucedido nada fuera de lo normal, está cansado porque se ha tirado buena parte de la mañana discutiendo con los familiares de un paciente.

Le escucho con atención, ensimismada, mientras me imagino cómo debe de ser la vida dentro de un hospital. Es algo que desconozco por completo y que hasta ahora no me había interesado demasiado, pero que desde luego me resulta fascinante.

No debe de ser sencillo tratar cada día con personas que no sabes si al día siguiente seguirán estando en este mundo. Me quejo de que la parte mala de mi trabajo es la soledad con la que te obliga a convivir, pero la parte mala de su trabajo es mucho más intensa y difícil de digerir. Desde luego, los sanitarios están hechos de otra pasta y deben de tener una inmensa vocación para poder transformar todo ese dolor por las pérdidas, en fuerza.

Comemos, charlamos y, después... Después la intensidad de Leo hace que la temperatura ambiente ascienda y que a ambos nos sobre la ropa.

Me besa y, de la misma, un millar de sensaciones y emociones se despiertan en mi interior. Los recuerdos afloran en mi mente y vuelvo a imaginarme ese instante en el local, mientras él me acariciaba y ellos, frente a nosotros, nos miraban... Sigo pensando

que no estoy hecha para ese tipo de encuentros, pero he de admitir que a su vez me siguen pareciendo excitantes.

Leo me besa en la clavícula con suavidad. Su lengua se desplaza por mi piel con lentitud, provocando que un cosquilleo de placer me recorra las extremidades, haciéndome temblar de pies a cabeza mientras sus manos acarician mi vientre. Yo murmuro su nombre, desplazando mi dedo por su pecho mientras mi lengua baila con la suya en un beso húmedo y tórrido. La excitación que siento va en aumento y en mi bajo vientre siento un dolor casi insoportable. Me deshago a tirones de la poca ropa que a él aún le quedaba encima y me coloco a horcajadas sobre su regazo. Le beso con pasión mientras noto su erección bajo mí, y eso hace que mi deseo se dispare todavía más.

—Tenía ganas de ti, Ana —confiesa.

—Yo también tenía ganas de ti —respondo con un gemido.

Y creo que esta es la primera vez que puedo hacerlo —responderle a una de sus confesiones— sin miedo ni culpabilidad. Sin que mis pensamientos me jueguen una mala pasada.

Me dejo caer lentamente para que se hunda en mi interior y me muerdo el labio inferior para contener dentro de mí esta oleada de placer que me azota. Leo aprieta mis nalgas y yo comienzo a mecarme, moviendo la cadera con sensualidad y lentitud, conteniendo lo máximo posible cada uno de mis movimientos para que el éxtasis sea máximo y para que el placer no culmine demasiado rápido. Me mira tan fijamente que la oleada de calor que me azota asciende de intensidad, más y más. Su boca recorre mi

piel y atrapa uno de mis pezones. Lo muerde, succiona y tira de él de forma sensual y provocativa. Yo gimo de placer y murmuro su nombre en voz baja.

—Leo...

Leo.

Puede que lo nuestro no llegue a nada, pero intuyo que siempre le recordaré como mi salvador. Como esa persona que impidió que el dolor por la pérdida de Marcos me devorase viva y me engullese en una horrenda espiral.

Me hace un lado sin previo aviso y yo caigo de espaldas sobre el sofá. Leo tira de mis tobillos de forma juguetona y después se cierne sobre mí, hundiéndose en mi interior. Sus manos aprietan mi espalda contra los cojines y yo ahogo un gemido intenso de placer mordiendo el almohadón que hay a mi alcance. Todo da vueltas y más vueltas. Todo es demasiado sensual, demasiado excitante. Siento cómo el orgasmo está a punto de alcanzarme y procuro contenerlo, aguantar un poco para que lleguemos a él de forma simultánea.

—Eres tan sexy... —murmura en mi oído.

Y su respiración ronca contra mi oreja hace que un escalofrío me recorra la columna vertebral y que el estallido de éxtasis sea incontenible. Mis músculos se contraen, aprisionándole en mi interior y reteniéndole con fuerza hasta que noto cómo sus movimientos se aceleran justo antes de estallar a mi par. Leo se deja caer sobre mí y me besa el cuello con ternura mientras rodea

con sus brazos mi torso. Yo sonrío, y aunque él no puede ver mi rostro, sé que presiente mi gesto de satisfacción.

—Me encantas —suelta de nuevo.

—Tú también a mí —respondo, e incluso yo me sorprendo al comprobar que al decirlo no se me hace un nudo en la garganta y que no me siento mal conmigo misma.

¿Puede que esté cerrando el capítulo de esta etapa? ¿Puede que por fin empiece a quererme un poco más a mí misma? ¿Puede que Marcos esté quedando atrás, en un segundo plano?

No digo que vaya a desaparecer de mis pensamientos de la noche a la mañana, pero sí que soy consciente de que antes ocupaba el cien por cien de mi mente y de que, ahora mismo, solo está un treinta o treinta y cinco por ciento activo en ella. Puede que, en un par de días, su presencia disminuya todavía más hasta casi desaparecer —o desaparecer completamente, quién sabe—.

Leo se incorpora, concediéndome espacio, y yo hago lo mismo. Me rodea con los brazos y yo me apoyo contra su pecho en un intento de recuperar el ritmo normal de mis pulsaciones. Escucho su corazón, que también suena atropellado y un poco descompensado.

—Debería hacerte más visitas inesperadas...

—Preferiría que fueran con previo aviso—me río, justo antes de dejarle un beso fugaz en el antebrazo que rodea mi torso.

Leo huele tan bien...

Es curioso, pero aquí, entre sus brazos, me siento muy bien. Muy segura, muy tranquila. Como si el ritmo acelerado de este loco y desquiciado planeta no pudiera alcanzarme de esta forma. Como si, de pronto, todo se paralizase y no existiera nada ni nadie. Me propone ver una película y pasar la tarde remoloneando en el sofá. Y aunque me apetece muchísimo, declino la propuesta con pesar. Las últimas semanas de mi vida las he pasado inmersa en mis pensamientos y en mi propia cabeza, así que ahora tengo que remontar cueste lo que me cueste y sacar adelante mi trabajo para poder llegar a los plazos que la editorial me ha exigido. Y, la verdad, me siento inspirada. No quiero desaprovechar un día de trabajo.

Leo dibuja una mueca de disgusto, pero al final culmina con una sonrisa y con ánimos. Es comprensivo, sexy, sensible... Si no tuviera la cabeza tan destrozada por Marcos, supongo que hubiera sido algo irremediable terminar enamorándome de él. Por mucho que lo intente, no consigo encontrarle un solo defecto. Y eso que, si he de ser sincera, me estoy esforzando mucho por sacarle algún defecto y ponerle una etiqueta de “prohibido” bien grande para evitar de esta forma que mi corazón vuelva a sufrir. Es inevitable tener la sensación de que aún no he salido de una y ya estoy metiéndome en otras arenas movedizas. Unas peligrosas.

Supongo que en eso consiste el amor: en arriesgar, jugártela, sentir mucho y rezar a un dios inexistente porque esa inmensa felicidad no regrese de vuelta de forma inversa y dolorosa. Yo lo resumiría en vivir sin miedo, pero, ¿para qué voy a engañarme? Nunca dije que no fuera una auténtica cobarde.

Me levanto del sofá y voy recolectando mis prendas para volver a vestirme. Me siento un poco mareada por el esfuerzo y por la intensidad del placer que acabo de experimentar, así que mis movimientos son lentos y comedidos. Estoy deslizando el niqui blanco por mi cabeza cuando el portero automático suena. Esta vez sí, tiene que tratarse de Laura al cien por cien. El corazón se me acelera al instante, y de forma absurda me siento como una adolescente a la que su madre acaba de pillar con el chico que le gusta en mitad de un tórrido beso a hurtadillas en un portal. Ya estamos mayorcitas y, por descontado, ella ya sabe lo que hay entre Leo y yo.

Pero, aún así...

—¿No vas a abrir? —pregunta él con una sonrisa pícara.

Algo me dice que está disfrutando viendo cómo sufro.

Sé que él no tiene ningún inconveniente en que Laura esté al tanto de lo nuestro, así que no le supone ningún problema. En realidad, creo que Leo no tiene ningún inconveniente con nada, nunca. Jamás he conocido antes a una persona tan conformista. Le he ignorado descaradamente, he obviado todos sus mensajes e, incluso, he llegado a tratarle con cierto desprecio cuando necesitaba paz mental y soledad. Y es increíble, porque nunca me lo ha reprochado. Ni siquiera lo ha tenido presente a la hora de actuar conmigo.

Los seres humanos llamamos a eso empatía. Y aunque a veces empatizar puede ser muy sencillo, en otras muchas ocasiones se convierte en una tarea difícil de llevar a cabo.

Termino de subirme el pantalón con un saltito y lo abrocho en mi cintura. Después me dirijo al portero, pero nadie responde. No es la primera vez que falla, así que me dejo una nota ficticia a mí misma para obligarme a llamar a la propietaria de la vivienda para que lo arregle lo antes posible y abro la puerta del portal sin saber de quién se trata. Estoy casi segura de que es ella. Me apoyo contra el marco mientras medito internamente en la mejor manera de deshacerme de Laura. No es el momento oportuno y, además, pretendía despedirme de Leo rápidamente para continuar con mi trabajo. Esto de que la hayan despedido y de que pueda aparecer a cualquiera hora en mi casa va a resultarme un verdadero trastorno.

Pero, para mi sorpresa, no es Laura. No, qué va...

—¿Marcos?

No puedo contener la expresión de sorpresa que dibuja de forma involuntaria mi semblante cuando le veo ahí, con dos cajas en los brazos y una sonrisa de oreja a oreja en el rostro. Como si fuéramos dos viejos amigos que se dan este tipo de sorpresas habitualmente.

—Ya veo que te alegras de verme —bromea con una sonrisa juguetona mientras yo rezo porque se cree una brecha en el suelo del edificio y que el planeta me engulla en su interior—. ¿Puedo pasar? Te he traído algunas cosas que te dejaste en nuestro piso.

En “nuestro piso”. Nuestro.

Sé que es un gesto conciliador por su parte, pero me da tanta rabia que no sé ni qué responderle. Abro la boca y la cierro, sin saber qué decir hasta que, de pronto, la voz de Leo suena de fondo.

—¿Ana?

El gesto conciliador de Marcos se esfuma al instante y, mientras, yo vuelvo a sentir un deseo incesante por desaparecer de este mundo. ¿Qué probabilidades había de que Leo y Marcos coincidieran en mi casa? Hace tres escasos minutos, hubiera asegurado que ninguna. Ni siquiera sé cómo Marcos ha sabido dónde vivía.

—Ya veo que estás acompañada... —dice con ironía.

—Lo siento, no es buen...

—Ya —me corta, dejando las cajas en el suelo, junto al felpudo—. Ya veo. Te escandalizas porque yo esté rehaciendo mi vida, pero tú puedes hacer lo que te dé la real gana sin deberle explicaciones a nadie, ¿no? Así funciona las cosas contigo —se ríe con tono irónico—. Como siempre, todos somos unos pecadores menos la buena de Ana.

—¿Todo bien? —insiste Leo a mi espalda.

Me giro hacia él con el corazón en un puño. Tengo un remolino de sentimientos ascendiendo y descendiendo de forma peligrosa en mi interior y unas ganas incontrolables de echarme a llorar.

—Todo bien, tranquilo —le digo, y aunque intento que mi tono suene normal, la voz me tiembla.

Leo, por supuesto, no se queda tranquilo y camina un par de pasos hacia la puerta; hacia mí.

—Me cuesta creer que ya estés con otra persona después del numerito que me armaste en la cafetería —suelta de malas formas, lanzándome una mirada de desprecio que me provoca aún más

ganas de vomitar. Me tiemblan las piernas y necesito sostenerme al marco de la puerta.

No puedo creer que esto me esté pasando a mí...

—Oye, cambia ese tono de voz, ¿vale? —suelta Leo tras mi espalda —. No tienes por qué...

—¿A ti qué cojones te importa mi tono de voz? —escupe Marcos, haciéndome a un lado para poder encararle frente a frente.

—Vamos a relajarnos todos, por favor... —murmuro, aunque en realidad no sé ni qué decir.

No estaba preparada para que se diera esta situación y no sé muy bien cómo actuar.

—No necesito relajarme —escupe Marcos de malas formas antes de cerrar la puerta principal de un portazo y de desaparecer de mi campo de visión.

Yo respiro hondo e intento relajarme.

—Lo siento... Siento haber sido el causante de esto —se disculpa él.

No debería haberse metido en la discusión, pero sé que sus intenciones eran buenas y que solamente pretendía ayudar.

—No pasa nada —murmuro en voz baja.

Apoyo la espalda contra la pared y me deslizo lentamente hasta terminar sentada en el suelo antes de enterrar la cabeza bajo mis brazos. Respiro profundamente, calmándome. Me sorprende al ser

consciente de que no estoy llorando y de que, al menos por el momento, soy capaz de aguantar el tipo medianamente bien.

—¿Debería llamarle?

Leo se sienta a mi lado.

—No, Ana, no —me dice—. No le debes ninguna explicación... Los dos estáis intentando rehacer vuestras vidas lo mejor que podéis... Las rupturas nunca son fáciles, pero hay que pasar página y respetar el espacio del otro.

Asiento con la cabeza, en silencio. Sé que tiene razón, por supuesto, pero me cuesta porque sé que, seguramente, esto signifique terminar de dejar a Marcos atrás y cambiar de etapa de forma definitiva e irremediable. Y me duele. Dios, sí que me duele...

—¿Quieres que te deje a solas?

Levanto la cabeza con los ojos acuosos y le miro con fijación. Una parte de mí arde en deseos de abalanzarse sobre Leo, abrazarle muy fuerte y rezar porque el tiempo se paralice en ese preciso instante. Que me apriete con tanta fuerza contra su cuerpo, que duela. Que duela mucho. Pero otra parte de mí sabe que tengo que lidiar con esto yo sola, por mucho que me cueste y que sufra al asimilarlo.

—Sí, por favor... —murmuro en voz baja—. Necesito pensar.

Leo se incorpora, me da un pequeño beso en la frente y se despide de mí con una caricia superficial en mi mejilla derecha.

—Nos vemos pronto, Ana...

Agacho la cabeza mientras él recoge sus pertenencias. Le escucho ponerse los zapatos y la chaqueta, y mientras tanto el nudo de mi estómago va tensándose con más y más fuerza.

Dos minutos más tarde, la puerta de casa se cierra y yo me quedo a solas conmigo misma y con mis propios pensamientos.

El vacío y el silencio se ciernen sobre mí y todos esos sentimientos que creía dormidos o, al menos, aletargados, reflotan con fuerza.

El recuerdo de la noche en la que hice la maleta y le pedí explicaciones, lo perdida que me sentí cuando me subí en aquel autobús con rumbo a Madrid... Todo vuelve en avalancha y, de nuevo, me siento desbordada. Pero ya está. No puedo seguir así y Marcos tiene razón: no puedo comportarme como una hipócrita. Él está rehaciendo su vida, al igual que yo intento rehacer la mía. ¿Qué más da si ya estaba con otra antes de dejarlo? ¿Qué importa si me fue infiel o no? Esas preguntas hace tiempo que dejaron de tener sentido y lo mejor que puedo hacer es olvidarme de ellas y no permitirle a mi cabeza que mi desbordante imaginación sea quien tome el control.

Me levanto del suelo y saco la cabeza por la ventana para que me dé el aire. Sigue lloviendo a mares y las calles están vacías, pero necesito salir. Necesito abandonar este piso y estas cuatro paredes para despejarme y pensar con claridad.

Me pongo unas zapatillas y un chubasquero para que corte las intensas ráfagas de viento que azotan las fachadas de los edificios de la ciudad antes de salir a la intemperie. Hace malísimo y creo que soy la única bilbaína valiente que se atreve a caminar entre las

solitarias y húmedas calles de la ciudad. Me pego a las fachadas, resguardándome bajo los salientes de los tejados. No me he molestado en coger un paraguas porque sé que no terminaría demasiado en doblarse y en salir volando muy lejos, arrastrado por la fuerza del viento. El agua de la lluvia golpea mi rostro, cegándome. Pero el frío, de alguna forma, funciona a modo de calmante. No me siento tan mal como imaginaba, y eso es de agradecer. La baja temperatura y el temporal mantienen mi mente lo suficientemente despejada y fría, impidiendo que pueda derrumbarme. Pienso en Marcos. No me lo saco de la cabeza, por supuesto. Me sorprende a mí misma comprobando que el dolor que antes me desgarraba ya no está. Solamente queda una sensación incómoda y ese nudo en el estómago que me aprieta las entrañas. Sí, tengo miedo de que Marcos desaparezca de mi vida porque ha formado parte de ella todos estos años y no sabría qué hacer si no lo tuviera a mi lado. Pero, por otro lado, esta última temporada ya he demostrado con creces que soy capaz de valerme yo sola y que, en realidad, tampoco le necesito. Nunca le he necesitado, por mucho que me intentara hacer creer que yo no era nada sin él. Por mucho que me engañase diciéndome que Marcos era la persona que me completaba.

Por supuesto, estaba confundida. Marcos no me completaba, me complementaba. Y quizás la gente no sea capaz de apreciar la diferencia entre ambos conceptos, pero en estos instantes yo la veo con mucha claridad.

Suspiro hondo y me resguardo en el interior de una marquesina. He llegado hasta el paseo del Guggenheim y desde aquí puedo

contemplar las turbias y revueltas aguas de la ría. No quiero perderle. No quiero que Marcos desaparezca de la noche a la mañana de mi vida, aunque sé que poner distancia será necesario si quiero extirpar todos estos años de mi rutina y de mis costumbres. Supongo que tarde o temprano recuperaré las riendas de mi día a día y podré volver a retomar una relación amistosa y cordial con él, pero... Pero por ahora no será así. Es imposible.

Mi corazón necesita recuperarse de la sacudida para poder volver a latir con normalidad.

Mi móvil suena en el bolsillo interno del chubasquero. Tengo las manos tan frías que no consigo bajar la cremallera de la chaqueta. Mis dedos están congelados y no los siento. Al final, consigo responder la llamada a pocos segundos de que se extinga.

—Marcos... —murmuro.

Ver su nombre en la pantalla me ha sorprendido.

—¿Estás bien? —pregunta con un tono de voz amistoso que me pilló desprevenida—. No tenía que haberme marchado así. Lo siento, es que...

—No tienes que disculparte —le corto de inmediato mientras me esquinó para proteger el auricular del viento y poder escuchar lo que dice.

Tal y como ha dicho antes Leo, ambos estamos rehaciendo nuestras vidas e intentando superar esta ruptura. Supongo que para él todo ha sido mucho más sencillo: su ritmo de vida no ha cambiado, su casa sigue siendo la misma y todo parece continuar tal y como

estaba antes de mi marcha. Pero, aún así, algo me dice que en el fondo su corazón también debe de sufrir por mi marcha. Por mucho que haya rehecho su vida con rapidez, tiene que extrañar nuestros momentos más íntimos y sentir mi ausencia en casa...

—No tenía derecho a ponerme así —me dice—. En el fondo me alegro muchísimo de que haya aparecido alguien.

Yo suelto una risita nerviosa.

—Leo y yo no tenemos nada serio —aseguro, aclarándolo con rapidez para que no pueda dar rienda a su imaginación—. Solamente somos amigos. Nada más.

Él se ríe al otro lado de la línea y yo suspiro mientras un millar de recuerdos acuden a mi mente, estallando al segundo. Siempre me encantó su risa..., su forma de sacudir la cabeza en señal de negación mientras las carcajadas se liberaban sin control en él. Marcos era genial y, aunque ahora esté dolida porque lo nuestro ha llegado a su fin, sé muy bien que voy a conservar un recuerdo maravilloso de él. Un recuerdo genial.

En el fondo, no es culpa suya que nos hayamos distanciado. Estas cosas ocurren y soy plenamente consciente de ello. No puedes obligar a alguien a quererte para siempre, ni a ser feliz contigo cuando su corazón ha dicho que se acabó.

Marcos ha dejado de quererme. O, al menos, ha dejado de estar enamorado de mí. Asimilar eso y no culpabilizarme por ello ha sido un proceso lento y complicado.

Un proceso difícil y con muchos baches.

—Me alegra saber que empiezas a rehacer tu vida, Ana... De verdad, verte mal ha sido muy duro —admite, y el tono de su voz me indica que está siendo sincero—. Nunca pretendí hacerte daño.

—Lo sé —respondo, conteniendo las ganas de llorar.

Intento mantener a raya la intensidad de mis emociones, aunque es prácticamente imposible.

—Sabes que te quiero, ¿verdad?

Esas palabras me rasgan el alma.

—Lo sé —respondo, mientras noto las lágrimas calientes deslizándose por mis mejillas y contrastando con el frío de mi piel—. Yo también te quiero a ti. Muchísimo.

Se queda callado al otro lado de la línea. Escucho su respiración agitada y... ¿Está llorando? ¿Marcos está llorando? Supongo que, en ocasiones, incluso los corazones de hielo terminan derritiéndose.

—Yo también lo sé —me dice con la voz afectada—. Cuídate mucho, Ana.

Y antes de que yo pueda despedirme, la llamada se corta.

Me tiemblan las piernas, así que me siento sobre el banco mojado de la marquesina sin importarme calarme hasta los huesos. Las lágrimas corren por mi rostro, pero en mi interior no queda angustia. Siento paz.

Creo que esta es la verdadera despedida que Marcos y yo siempre nos hemos merecido. Una despedida de verdad, desde el afecto y desde la más absoluta sinceridad.

—¿Puedes estarte tranquila y sentarte de una vez? Me estás desquiciando —me recrimina Laura mientras se sirve otra copa de vino y se come un polvorón.

Oficialmente, ya ha llegado la temporada navideña a mi casa. No he puesto árbol, porque el que teníamos se lo ha quedado Marcos. No he querido pedírselo porque es un árbol especial, muy estrecho, que compramos precisamente con la idea de que ocupase poco espacio en nuestro antiguo salón. Nos costó muchísimo encontrarlo y he de admitir que encaja de mil maravillas entre el hueco que queda entre la columna y la pared del salón. Mi nuevo salón es amplio y no tengo problemas de espacio, aunque este año he decidido prescindir del árbol y únicamente decorar el entorno de forma navideña con algunos detalles. En realidad, si he de ser sincera, de la decoración navideña se ha encargado Laura. Yo no tenía ánimos para esas tonterías y prefería invertir mi tiempo en cosas mucho más productivas.

Suspiro hondo y cojo la copa para darle un sorbo antes de lanzarme a por una chocolatina de la cestita.

—¿Puedes sentarte hasta que suene el teléfono? —suplica Laura, de nuevo—. De verdad, me estás crispando los nervios.

Hace una semana que le mandé a mi editora el borrador de mi último proyecto y estoy esperando su llamada con el veredicto.

Según el email que me ha mandado, prefiere que lo comentemos por teléfono.

Me he dejado la piel. Este poemario no tiene nada que ver con el anterior, porque esta vez he puesto toda la carne sobre el asador y me he dejado la piel en ello. Cada verso y cada ilustración están cargados de sentimientos y dolor. Puede que sea mi obra más oscura y siniestra, pero también debo admitir que es la más auténtica y la más real. La más sentida.

Soy una persona bastante sensible a las críticas, pero hasta este momento las he llevado lo suficientemente bien como para que ninguna haya conseguido trastocarme con fuerza. Ninguna me ha afectado en exceso. Pero, esta vez... Esta vez es diferente. Esta vez me he desnudado por completo y me siento tan expuesta, que tengo miedo. No quiero defraudar al resto, por supuesto; y no quiero defraudarme a mí misma.

—¿Te sientas? —insiste Laura, tirando de mi brazo.

Me dejo caer en el sofá, junto a ella, con el teléfono sujeto con fuerza en la mano. Desbloqueo la pantalla para comprobar que lo tengo en volumen y que no he pasado por alto su llamada cuando, de pronto, comienza a vibrar. El nombre de mi editora aparece en grande y yo respondo con rapidez mientras vuelvo a ponerme de pie de un salto.

Me saluda con cariño. Mónica y yo siempre nos hemos llevado bien. Además, soy una de las autoras más vendidas de la editorial y eso hace que me valore un poco más y que me mime. Que me tenga en

cuenta y que, al menos, le ponga cariño a cada una de mis propuestas.

—Ayer por la noche terminé de leer tu nuevo poemario... y, bueno, veamos... No sé por dónde empezar.

Se me revuelve el estómago al escucharle decir eso.

—¿Te gustó? —inquiero con un tono de voz vacilante.

Escuchar un “no” en respuesta sería terrible y demoledor para mi autoestima.

—No voy a decir que me gustó... —comienza, y yo aguardo expectante a que termine la frase—, voy a decir que me dejó con el corazón hecho trizas, Ana. Me ha parecido..., impresionante y demoledor.

Intento procesar lo que me está diciendo y adivinar si eso es algo bueno o, por el contrario, algo negativo.

—Eso significa que...

—Eso significa que, por supuesto, lo publicamos. Queremos aumentar la tirada inicial del anterior poemario —me cuenta, y puedo sentir la ilusión que desprende su tono de voz—, y mejorarte el anticipo de autora. Esta obra va a ser mi capricho y voy a apostar por ella con todas mis fuerzas.

Yo no sé si echarme a reír o a llorar. Laura me observa con curiosidad, esperando recibir alguna señal por mi parte que le indique si todo va bien o si, por el contrario, la conversación no está aportando buenas noticias.

Intento sonreírle, pero mi alto estado de nerviosismo no me lo permite.

—Gracias, Mónica, de verdad... —musito en voz muy baja mientras una lágrima de felicidad se desliza por mi mejilla—. No sabes cuánto significa para mí.

—Queremos darle prioridad respecto al resto de las novedades del catálogo y hablar con la distribuidora para que nos deje introducirla a última hora —me cuenta con voz atropellada, dándome toda la información posible y sin andarse con rodeos—. Así que, si no nos ponen ningún tipo de problema, saldría publicada a finales de enero.

—¿A finales de enero? —repito, sorprendida.

Laura salta del sofá con los ojos abiertos como platos y levanta los dos pulgares en alto esperando una confirmación por mi parte. Yo le devuelvo el gesto, confirmándole que todo va bien, y ella pega un par de saltitos de ilusión mientras da silenciosas palmadas, como una niña pequeña.

—A finales de enero, sí —me cuenta—. Si al maquetador no le importa trabajar a contrarreloj, no tendríamos que tener ningún problema.

—Es genial, Mónica, de verdad... —musito en voz baja—. Mil gracias.

—Mañana por la mañana te mandaré el contrato con las nuevas condiciones y, si te parece que todo está correcto, devuélvemelo firmado cuanto antes.

—Sí, claro —respondo de la misma—. Así lo haré.

Cuelgo el teléfono y, sin tener tiempo a decir o hacer nada, mi amiga se abalanza hacia mí me estrecha entre sus brazos. Su repentina efusividad hace que ambas terminemos cayéndonos en el sofá, muertas de risa.

Cuando conseguimos aplacar nuestro ataque de histeria le cuento, detalle a detalle, la conversación que acabo de tener con mi editora.

—¡Esto hay que celebrarlo! —exclama.

Obviamente, Lau no necesita demasiadas excusas para decidir salir de celebración, aunque admito que esta vez no puedo evitar contagiarme de su entusiasmo.

—Hay que celebrarlo —respondo, dibujando una inmensa sonrisa de oreja a oreja.

“Me lo merezco”, pienso.

Detrás de cada uno de mis poemas y de cada ilustración que pinto hay un trabajo inmenso que nadie es capaz de imaginar. No solamente pongo mi tiempo y mi esfuerzo, también mi pasión y mi alma. Supongo que, de alguna forma, estoy hecha de todos los versos que he ido escribiendo a lo largo de mi vida. Cada poema que ha salido de mí me compone, me da forma y me hace ser la Ana que todos los de mi alrededor conocen y no ven. La Ana que mis amigos describen, y esa otra Ana que me guardo para la intimidad y que solo muestro a unas pocas personas muy cercanas.

Laura tira de mí en dirección a mi habitación. La parte de “seleccionar el modelito” es su favorita y con la que más disfruta, sin duda. No solamente le encanta vestirse, sino que además se divierte muchísimo escogiendo la ropa que llevaré yo y

transformándome en una muñeca viviente. Vestirme, peinarme, maquillarme... Siempre he pensado que se equivocó de profesión y que debía de haberse dedicado a organizar desfiles de moda o algo similar.

Diez minutos después la botella de vino ha desaparecido y nosotras ya estamos listas para salir en busca de acción. Al final he dejado que haga conmigo lo que le ha dado la gana, y el resultado no está tan mal como en otras ocasiones. Llevo unos pantalones de cuero y una camiseta de los ACDC que me encanta. Encima, una cazadora que abriga muchísimo y el pelo suelto, lleno de hondas. Este look rockero no desentona del todo con mi personalidad, así que me siento bien conmigo misma. Son casi las once de la noche y, como no hemos cenado aún, optamos por sentarnos en una terraza a picar unos nachos con extra de picante y a tomarnos un par de copitas de vino.

No llueve y, a pesar de que las navidades ya están al acecho, la temperatura es lo suficientemente agradable como para permitirnos quitarnos la chaqueta debajo de la estufa calefactora que tenemos sobre nuestras cabezas.

Hablamos de mi poemario, de los nuevos comienzos y nos reímos como locas recordando viejos tiempos. Esos en los que nuestra única preocupación solía ser tener las uñas bien pintadas y un buen plan para el sábado noche. Los tiempos han cambiado, por supuesto. Pero, de alguna forma, tengo la sensación de que volvemos a ser esas dos chicas soñadoras cuyo camino nunca llegará a separarse. No importan los años que pasen, Laura siempre será familia. Esa que yo he escogido y que pesa mucho más que la

de sangre, porque sé muy bien que los lazos que nos unen no los ha forjado el azar. Los hemos creado nosotras, segundo a segundo, año tras años. Conociéndonos, respetándonos y eligiéndonos. Supongo que este concepto de amor nunca está presente, pero que también es sincero y es real. Y válido. El más válido de todos.

A veces se me olvida que no necesito un alma gemela con la que llenar mis días porque ya la tengo a ella para alegrarlos, y os juro que eso vale millones de veces más.

A las doce de la noche ninguna de las dos es capaz de decir dos frases seguidas con sentido y en voz alta. Ni siquiera sabemos dónde estamos ni conocemos a nadie de los que están a nuestro alrededor. Laura ha conseguido —tonteando previamente con el tipo de seguridad— que nos colemos en una de esas fiestas pijas en las que los canapés se pasean de lado a lado en bandejitas. Canapés y, por supuesto, también champán. Mucho champán.

Para las dos de la madrugada ya hemos hecho nuevos amigos. La mayoría de ellos se dedican a la banca y, por suerte para nosotros, ninguno nos ha preguntado cómo hemos terminado en esta fiesta. Debe de ser la celebración de pedida de una pareja —cuyos nombres desconocemos—. Una pareja que, al parecer, tiene mucho más dinero del que soñamos con tener nosotras dos.

Bebemos, nos divertimos y casi a las cuatro, decidimos que ha llegado la hora de pedir un taxi y volver a casa. Yo no consigo pronunciar dos palabras seguidas sin que se me trabe la lengua y Laura hace rato que camina sosteniéndose a la pared —o a mi hombro, según se tercié—. El taxi no tarda en llegar y unos cuantos

minutos más tarde, me está dejando en la calle que dobla hacia mi edificio. Me despido de Laura con un beso fugaz en la mejilla y me quedo observando cómo las luces del vehículo se pierden calle arriba.

Noto mi teléfono móvil en el bolsillo trasero de mi pantalón, pero las llaves... Las llaves de mi casa deberían estar en mi bolso. Y... ¿Mi bolso? El alcohol ha hecho mella en mí y me cuesta pensar con claridad. Llevaba un bolso, ¿verdad? ¿Dónde diablos está mi bolso? Intento aclarar mis ideas, pero no lo consigo. Imagino que he podido dejármelo en la fiesta de pedida, pero también es muy probable que me lo haya dejado en cualquiera de los bares por los que nos hemos dejado caer antes de la fiesta.

Mierda.

Son las cuatro de la mañana. Puedo pedir que venga un cerrajero o...

Empiezo a caminar sin rumbo mientras procuro despejar la mente y que los efectos del alcohol se vayan disipando. Ni siquiera tengo dinero, solamente un par de euros que me han devuelto tras pagar alguna ronda en los bares, antes de que nos infiltrásemos en la fiesta.

Antes de que quiera darme cuenta, estoy en casa de Leo. En su portal, mejor dicho. Levanto la mano en alto para tocar el timbre, pero titubeo y la vuelvo a dejar caer. ¡Por Dios! Son las cuatro de la mañana y no debería estar aquí, molestándole a estas horas.

—¿La historia se repite?

Su voz me pilla desprevenida. Me giro y le veo ahí, de pie, tras de mí. Una sonrisa nerviosa inunda mi rostro y me doy cuenta en este preciso instante de que hacía muchísimo que no nos veíamos. Más concretamente desde aquel día en el que él y Marcos coincidieron en mi casa. Desde entonces nos hemos mensajado casi de forma diaria, pero no nos habíamos vuelto a ver.

Yo suelto una risita nerviosa.

—La historia se repite —le digo, guiñándole un ojo—. Me he quedado sin llaves de casa.

—Bueno, al menos no te tengo llamando a mi puerta con el corazón roto.

Le lanzo una mirada fugaz a modo de reproche mientras que, de forma inconsciente, vuelvo a recordar aquellas angustiosas noches que pasé tras la ruptura con Marcos.

—Venga, vamos dentro que hace frío —me insta, acercándose a mí de forma melosa para darme un beso en la mejilla—. Mañana solucionamos lo de tus llaves.

Abre la puerta del portal y pasamos al interior. Yo camino por delante de él, sintiéndome observada.

—¿De dónde vienes?

—He salido con Laura —le cuento de forma superficial, sin entrar en detalles—. Se nos ha complicado un poco la noche. ¿Y tú?

Él se ríe con picardía y yo interpreto que viene del local que visitamos juntos la anterior vez. Me giro para escrutarle con la

mirada y confirmar mis sospechas.

—¿Te lo has pasado bien?

Estamos en el ascensor cuando, de pronto, siento cierta tensión flotando en el ambiente. Leo alarga los brazos, encarcelándome contra la pared. Acerca su rostro al mío y sus labios rozan mi piel de forma sensual y provocativa. Mi cuerpo reacciona de forma voluntaria a su proximidad y mis labios buscan su boca. Le beso. Le beso con pasión mientras me pregunto qué es lo que habrá estado haciendo en el local y si, estando allí, habrá pensando mucho en mí. Si mi nombre habrá acudido a su mente en alguna ocasión mientras sus manos se deslizaban por el cuerpo de otra. Dios, Leo es tan excitante...

¿Cómo puede provocarme tanto imaginármelo con otra mujer? ¿No debería de sentir celos? ¿No debería de experimentar cierto rechazo?

Supongo que él me hace ver esto desde una perspectiva que, hasta ahora, ni siquiera me había planteado existente. Leo hace que el sexo con él sea un juego excitante que merece la pena ser experimentado desde todas sus variedades.

Sus manos se filtran por dentro de mi pantalón de cuero y por debajo de mi ropa interior. Me acaricia de forma juguetona mientras su lengua se pasea por mi cuello, justo antes de introducir un dedo en mi interior. Jadeo roncamente, ahogando un grito de placer en su hombro cuando las puertas del ascensor se abren de par en par. Leo golpea con la mano el panel de botones con la clara intención de volver a lograr cierta intimidad. Yo no me distraigo. Estoy

demasiado concentrada en el placer que provocan sus dedos entrando y saliendo de mi interior. La leve barba de varios días que se ha dejado provoca un cosquilleo en mi mejilla. Me muerdo el labio y cierro los ojos. Joder. Leo es... fuego.

Saca la mano de mi ropa interior y se apresura a desabrocharme el pantalón. Yo soy incapaz de controlar mis jadeos, mis gemidos... Me siento totalmente fuera de control cuando me empuja contra la pared, girándome para que quede de espaldas contra él. Noto su mano en mi espalda mientras escucho cómo se desabrocha el cinturón. El tintineo de la hebilla me distrae, Un segundo más tarde, su miembro firme y preparado roza mi sexo justo antes de llenarme muy lentamente. Mis pechos se aplastan contra la pared cuando su mano presiona mi espalda, empujándome todavía más y creando más presión.

—Leo... —murmuro con la voz ronca.

Todo da vueltas a mi alrededor y siento que me tiemblan las piernas. Él me mantiene sujeta, entrando y saliendo con cada vez más fuerza de mí.

—Tócate, Ana... —susurra, casi como si fuera una súplica.

Y que me lo pida me excita tanto, que siento cómo mis músculos se contraen provocando que el orgasmo me aceche de forma involuntaria. Obedezco su petición y masajeo mi clítoris mientras todo, absolutamente todo lo que me rodea, se desintegra. Solo noto el placer y su presencia, nada más. Y entonces, lo siento. Noto cómo el éxtasis me arrolla de forma involuntaria y cómo el placer hace que convulsione en pequeñas sacudidas.

Leo me vuelve a girar con el objetivo de encararme. Sus ojos se clavan en mí justo antes de besarme con pasión, empujándome al exterior mientras las puertas del ascensor se abren.

Abre la puerta de su casa a tuestas y me aúpa entre sus brazos con desesperación antes de caminar en dirección a su cama. Me deja lentamente en el suelo, pero no detiene el húmedo beso ni un solo instante mientras me va arrancando la ropa, prenda a prenda, hasta dejarme totalmente desnuda.

—Leo...

La habitación está casi a oscuras y la luz de la luna se infiltra por la ventana tiñendo las paredes con las sombras de nuestras siluetas. Se quita la ropa con el mismo apremio con el que me la ha quitado a mí y yo me apresuro a acariciar su torso desnudo, sus muscudos brazos y sus leves abdominales. El incendio de mis entrañas empeora por momentos cuando me empuja contra la colcha y repta para quedar sobre mí. Me penetra con fuerza. Su brazo rodea mi espalda, obligándome a quedar semi incorporada mientras entra y sale de mi interior. Su boca recorre mis pezones y su lengua asciende lentamente, paseándose por mi cuello antes de culminar en mi oreja. Me muerde juguetonamente el lóbulo y un escalofrío me recorre la columna vertebral. Yo levanto las caderas para recibir cada embestida, ansiosa por sentirle más a fondo, más fuerte, más..., y más..., y más... Con Leo siempre quiero más y nunca tengo suficiente, así que podría decirse que se ha convertido en mi nuevo vicio inconfesable.

—Hoy he sido solamente un espectador, pero te aseguro que estaba soñando con llegar a casa y que sucediera esto... —confiesa en mi oído, susurrándome con voz sexy.

Apoyo las manos en sus hombros y le obligo a rodar por la cama hasta que termino sentándome sobre él. Muevo las caderas buscando mi placer, rozándole, sintiéndole tan al fondo que tengo la sensación de que en cualquier instante se me desgarrará algo interno. Y aún así, sigo queriendo más. Sigo queriendo esa sobredosis de Leo que me nubla el juicio y la razón, que me desespera y que me enloquece por partes iguales. Esa sensación de necesidad tan inmensa que me hace sentir como una desquiciada total.

Entonces, lo noto. Presiento cómo estoy a punto de alcanzar el segundo orgasmo. Me agarro a sus hombros, clavando las uñas con fuerza mientras él me suplica entre susurros casi incomprensibles que no pare. Tiene los ojos cerrados y la mandíbula tensa, así que intuyo que también está a punto de alcanzar el clímax y eso me vuelve loca y me hace querer aún más. Exploto casi al mismo tiempo que él y los dos nos quedamos abrazados sobre la colcha, temblorosos y sudorosos, mientras una sonrisa bobalicona inunda nuestros rostros.

—No imaginé que mi noche terminaría tan bien —se ríe Leo, acariciando mi espalda desnuda.

—Yo tampoco lo había imaginado.

Sus dedos ascienden y descienden por mi columna, adormeciéndome hasta que, finalmente, Morfeo me atrapa entre sus

brazos.

Me despierto un par de horas más tarde —lo sé por el reloj-despertador que hay sobre la mesilla de noche— y compruebo que Leo ha extendido una gruesa manta sobre nosotros para que el frío de la noche no nos congelase. Me acurruco aún más contra su cuerpo, buscando el calor que desprende, antes de volver a cerrar los ojos y de rendirme a la oscuridad.

No tardo mucho en quedarme dormida y en sumergirme en un profundo y extraño sueño. Estoy en un bote, a la deriva, sin rumbo fijo. El mar está revuelto y la barca se agita de lado a lado con ferocidad. Yo intento mantenerla firme con la ayuda de los remos, pero es imposible. La resaca tiene mucha fuerza. Una fría gota de lluvia cae sobre mi frente y alzo la mirada hacia los nubarrones acechantes que se extienden sobre mi cabeza y en dirección al horizonte. Se avecina tormenta, por supuesto. Y resulta curioso porque, en lugar de sentir temor, algo en mi interior me dice que todo está bien y yo me hecho a reír como una psicótica desquiciada que precisa con urgencia una camisa de fuerza. Debería temblar de miedo. Sentir terror. Estoy en mitad del mar, la lluvia cada vez es más intensa, el bote se agita con violencia y yo me sujeto a los bordes para no caerme al mar mientras esa risa extraña que no parecía provenir de mi interior abandona de forma estrepitosa mi garganta.

De pronto, me siento cómo en esa escena final de El Show de Thrumán en la que el susodicho descubre que todo es un plató y nada es real. Que el horizonte no existe y tiene final. Puede que algo así me esté sucediendo a mí y que mi reacción provenga del extraño conocimiento de saber que todo esto es un sueño y de que, tarde o temprano, me despertaré de él.

La lluvia cada vez cae con más fuerza y los relámpagos iluminan de forma serpenteante el firmamento. Siento cómo el suelo del bote se va encharcando y cómo los movimientos del mismo cada vez son más violentos hasta que, al final, termina volcando. Caigo al mar, pero sigo sin sentir esa sensación cuerda de angustia que debería de experimentar dadas las circunstancias. “Es un sueño, Ana”, me digo y repito una y otra vez. Solamente un sueño. El oleaje hace conmigo lo mismo que con el bote. Las olas azotan mi cuerpo, desplazándolo de un lado a otro como si solamente fuera un muñeco de trapo, sin peso, sin voluntad.

Trago agua de forma involuntaria y siento cómo mis pulmones comienzan a luchar por respirar con normalidad. Entonces aparece esa sensación de angustia y comprendo que quizás esto no sea irreal, que puede que, en realidad, sí que esté en peligro y me esté ahogando de verdad en este maldito mar. Quizás termine sumergida en las negras profundidades del océano. Muerta. Puede que, al final, mi cuerpo termine convirtiéndose en alimento para la fauna marina.

Vuelvo a tragar agua salada. Quiero toser, pero al hacerlo trago aún más agua. Entonces una ola me engulle con fuerza, arrastrándome con un remolino intenso hacia el fondo del mar. Abro los brazos y

comienzo a nadar en busca de la superficie. Siento la desesperación palpitando en mi interior y puedo ver el destello de los relámpagos en la lejanía, como si formaran parte de otro mundo que se halla muy, muy lejano a mí. Pero no consigo llegar a él. No consigo nadar hasta la superficie.

Todo comienza a volverse negro. Quiero respirar, pero solo consigo tragar agua y la desesperación aumenta a medida que yo me voy hundiendo más y más, incapaz de seguir luchando por sacar la cabeza al exterior. Noto cómo la vida se va apagando muy lentamente en mi interior y sé que estoy a punto de morir. Lo asumo. Sé que este es el final.

Se me agota el tiempo.

Se me acaban los segundos.

Tic, tac...

Y entonces, respiro. Me incorporo en la cama; estoy empapada de pies a cabeza, totalmente hundida en sudor. Cojo aire profundamente y me llevo la mano al pecho. Mi corazón late de forma atropellada y desesperada, como si luchara por salirse de mi pecho.

Miro a mi alrededor y reconozco la habitación de Leo, aunque estoy a solas. Necesito un par de minutos para conseguir calmarme, pero cuando por fin consigo hacerlo me levanto y me arrastro hasta el baño para secarme el sudor frío que me ha dejado temblorosa. De camino al cuarto de baño he rescatado un pijama de Leo, así que me seco con la toalla y me lo pongo. Es calentito, a pesar de quedarme como un saco.

Cuando salgo hacia el salón, huele a café y yo ya me encuentro mucho más tranquila y calmada. ¿Hacía cuánto que no tenía una pesadilla? ¿Hacía cuánto que mi mente no me traicionaba de esta forma?

—Ese pijama te queda de maravilla —me dice Leo, acercándose a mí para besarme en los labios con pasión.

Yo le devuelvo el gesto.

—Gracias.

Me sirve una taza de café mientras me acurruco a su lado en el sofá.

—¿Cómo solucionamos lo de tus llaves de casa? —me pregunta, riéndose.

—Tendré que llamar al cerrajero del seguro —resoplo con pesar.

Había olvidado por completo mi pequeño problema de anoche. Me hundo contra el respaldo mientras aferro la taza humeante en mis manos. Está demasiado caliente para mí, así que espero un rato antes de darle un sorbo.

—Se me ocurre que podrías dejar aquí un juego de las llaves de tu casa. ¿Qué te parece la idea?

¿Aquí?

Mi cabeza repite la frase nuevamente, intentando encontrar un trasfondo oculto en ella. ¿Dejarle a él una copia de mis llaves? ¿A él? No sé por qué, pero no lo veo claro.

Sé que Leo lo dice con buena intención y que lo único que pretende es ayudar, pero sigo sin tener muy claro que esa sea una buena idea.

—Y podrías llevarte un juego de llaves de mi casa —añade—. Ya sabes, por si vuelves a quedarte en la calle de madrugada.

—Leo... —murmuro, sin saber muy bien cómo rechazar esta proposición—, no sé, no...

Él se reclina, deja la taza en la mesilla auxiliar y se acerca a mí con una sonrisa en los labios. La expresión de su rostro me indica que se ha puesto serio y que ahora toca alguna de esas confesiones que suelen dejarte pensativo el resto del día.

—Llevamos meses hablando y quedando y..., te voy a ser sincero, ¿vale?

Le miro fijamente a los ojos, intentando adivinar qué es lo que viene a continuación sin demasiado éxito.

—Me gustas, Ana —suelta, pillándome desprevenida—. Joder, me gustas mucho —continúa, justo antes de quitarme la taza de las manos para dejarla en la mesilla, junto a la suya—. Estoy loco por ti, y lo sabes perfectamente. Y este tira y afloja que te traes entre manos no tiene ningún sentido.

—Leo...

—Sé que estos últimos meses de tu vida han sido una montaña rusa y que aún estás superando la ruptura de tu anterior relación, y por eso estoy siendo tan paciente —confiesa—. Para mí no es fácil, ¿sabes? Enviarte un mensaje y no saber si tardarás horas o

semanas en contestar... Para mí todo esto es tan nuevo como para ti, ¿lo entiendes?

—Leo, de verdad que yo no pretendo...

—Pero necesito saber que avanzamos en alguna dirección y que lo que tenemos no se ha estancado, Ana. Que esto tiene una opción, por mínima que sea, de salir adelante.

Me froto las manos con nerviosismo sin saber qué responderle. Leo es genial, de verdad que lo es. Y sé que, si desaparece de mi vida, me dolerá. También soy consciente de que, si le hubiera conocido en otra época diferente, las cosas entre nosotros hubieran sido muy diferentes y, seguramente, todo hubiera sido mucho más sencillo.

—No lo sé, Leo, es que... No sé si estoy preparada.

—No te estoy pidiendo matrimonio —me recuerda—. Solo necesito que me digas que avanzamos y que tenemos opciones, que esto no es un simple juego con el que distraerte de tu dolor.

“No lo eres”, quiero decir.

Pero no consigo pronunciar una sola palabra en voz alta. No me sale la voz.

Leo tiene razón; llevamos meses quedando y siempre ha estado ahí, dispuesto a apoyarme y a estar a mi lado. Siempre me ha cuidado y ha aconsejado, y en todo este tiempo, jamás me he llevado una negativa por su parte. Es más, esta es la primera vez que siento un mínimo de presión.

—No estoy preparada para empezar otra relación —suelto, y al decirlo en voz alta me doy cuenta de que estoy siendo muy sincera

y que esta es mi realidad—. Todavía arrastro mucho y... No sé, creo que necesito estar una temporada sola, Leo. No quiero que...

Él se levanta del sofá, justo antes de elevar y dejar caer los brazos en señal de rendición. La expresión de su rostro me dice que está muy dolido, y yo no puedo evitar arrastrar cierta culpabilidad. No pretendo hacerle daño, ni mucho menos. Y tampoco pretendo alejarle de mí, porque sé que me hace mucho bien. Que, en ocasiones, Leo es esa cuerda que me mantiene atada al mundo real y no deja que me hunda en las negras profundidades.

—¿Y eso qué significa, Ana? ¿Qué nunca vamos a tener una oportunidad real? —inquire.

Y aunque parece enfadado y dolido, su tono de voz es pausado y amistoso.

—No lo sé, Leo... No sé si la vamos a tener o no, pero sé que ahora mismo no estoy preparada para tener algo serio.

—¿Y cuánto más tengo que esperarte? ¿Meses? ¿Un año? ¿Dos? —pregunta, confuso—. No puedes pretender que esté detrás de ti toda la vida.

Yo no sé qué decir.

No sé cómo responderle porque, en el fondo, soy plenamente consciente de que tiene razón.

—No lo sé, Leo, de verdad que no... —murmuro, y dejo la frase en el aire sin ser capaz de terminarla.

Él suspira con desesperación mientras a mí se me crea un nudo en la boca del estómago. Sus ojos grises están acuosos y la expresión

de su rostro se ha tensado. Trago saliva en un esfuerzo absurdo por deshacer esa pelota que se me ha encajado en la garganta dejándome sin voz.

—Me gustas, Ana... De verdad que me gustas mucho —confiesa, y sé que me lo está diciendo desde el corazón—, y quiero intentarlo contigo. Lo tuve claro desde la primera vez que te vi en aquella absurda fiesta.

Yo cojo aire profundamente.

—No puedo prometerte nada, Leo —repito, porque no quiero mentirle—. No me veo capaz de comprometerme a nada.

Él acorta aún más la distancia conmigo y apoya su frente contra la mía. El contacto entre nosotros provoca una sensación cálida y agradable en mi interior, como si de alguna forma la cercanía de Leo me reconfortase. Lo hace. Soy consciente de que su presencia suele actuar como un bálsamo reparador, capaz de sanar mi alma y de recomponer mi corazón. Entonces, ¿por qué me resisto a dejarme llevar? ¿Por qué no soy capaz de dejarle entrar en mi vida y simplemente ver qué es lo que ocurre? Supongo que tengo miedo y que estoy cansada de sufrir y de pasarlo mal. Eso y que, de alguna forma, siento que todavía no me he descubierto a mí misma. Que he pasado demasiado tiempo a la sombra de Marcos y que todavía necesito mirar hacia mi interior y decidir quién soy y qué quiero hacer con mi vida. A veces tengo la sensación de que esto es como el bote de mi sueño. Va agitándose de lado a lado, sin control, y yo no puedo hacer nada por redirigir su rumbo. Es como si todo

escapara a mí y como si yo no tuviera la suficiente fuerza como para hacerle frente.

—No quiero perderte —susurra muy bajito.

Sus labios están tan cerca de los míos que tengo la sensación de que está a punto de besarme. Y Dios, ¡qué ganas!

Leo es irresistible. Y es innegable que entre nosotros hay una conexión especial e indescriptible, algo que se forma de manera natural y que no hace falta forzar.

—Pues no me pierdas —murmuro en voz tan baja que casi ni me escucho a mí misma.

—No voy a esperarte eternamente, Ana... Tienes que saberlo.

Su frente sigue apoyada contra la mía y puedo sentir el ritmo anormal de su respiración agitada. Su aliento chocando contra mi piel, sus manos apoyadas en mi regazo. Su cercanía, su olor, su presencia. La atracción que siento hacia él es algo tan extraño... Algo que ni siquiera había experimentado con Marcos durante aquellos primeros meses de noviazgo. Cuanto más lo pienso, más quiero probarlo todo con él. Leo me ha abierto a un mundo desconocido y me ha enseñado que la sociedad está repleta de tabús que nos impiden disfrutar la vida y vivir el momento sin pensar en nada más. Y ese es un aprendizaje que estoy interiorizando todavía, pero en el que me gustaría ahondar todo lo posible.

Sus manos ascienden hasta mi mejilla y la acarician con suavidad.

—Solo el tiempo justo y necesario, ¿vale? —ronroneo con voz melosa—. Dame margen.

Él suelta una risita amigable y yo me pregunto cómo diablos he podido encontrar a alguien tan paciente y bueno. Soy consciente de que es un tesoro y de que, si me atreviera a dar el paso, lo nuestro podría funcionar. Estoy convencida de ello.

—No te duermas —responde. Y mientras lo dice, me besa.

Sus labios húmedos, suaves y carnosos presionan los míos con delicadeza. En esta ocasión, la que no soy delicada soy yo. Tengo ganas de Leo, de sentirle, de desahogarme y de sacar todo lo que hay dentro de mí. De dejar de lado esa pesadilla en la que me hundo en las negras y oscuras profundidades y de tener la sensación de estar flotando. De que me tiemblen las piernas y lo que tengo a mi alrededor se difumine. Le beso con pasión, con tanta que nuestros dientes chocan a causa de mi efusividad. Se ríe, me río, y tiro de su camiseta sin perder el tiempo. Me levanto de su regazo y me quito la ropa a tirones antes de volver a sentarme a horcajas sobre él. No espero y no hay preliminares, porque le necesito. Anhelo sentir cómo me llena... Y quiero terminar cuanto antes con esta sensación de desesperación. Mezo mis caderas. Al principio son movimientos lentos y comedidos mientras permito que me inunde, que me llene. Después vuelvo a notar cómo la impaciencia se apodera de mis actos y acelero el ritmo. Llevo las manos a sus hombros para poder impulsarme en él. Aprieto con fuerza y sin ser consciente, le clavo las uñas en la piel. Se queja, se ríe, y seguimos. Más fuerte, más rápido. Él se muerde el labio, yo le beso el cuello. Sus manos se filtran bajo la camiseta de mi pijama y recorren mi piel desnuda hasta alcanzar mis pechos. Me toca y yo me desespero. Acelero mis movimientos todavía más. Quiero

sentirle. Quiero sentirle hasta que todo explote. Quiero que todo desaparezca, rendirme al placer y a la intensidad. Quiero que todo se borre, dejar de ser Ana y, simplemente, experimentar eternamente esta sensación. Aprieto sus hombros con más fuerza y le beso con pasión, con tanta que un sabor metálico inunda mi boca y soy consciente de haberle mordido sin querer. No parece haberse dado cuenta y, si lo ha hecho, tampoco parece importarle demasiado. Él me sujeta por la cadera para guiar mis movimientos y, de pronto, transmite la misma ansia e impaciencia que se ha adueñado de mí hace rato. Todos los músculos de mi cuerpo se contraen. Él apoya su rostro en mi pecho y ahoga un gemido de placer, explotando en el preciso instante en el que yo también siento cómo el orgasmo me arrolla.

Detengo los movimientos y me aparto lentamente. Él levanta la cabeza y me mira. Sonríe. Sonrío.

Así es todo con Leo.

Fácil y excitante. Demasiado bueno. Demasiado real.

El repartidor está subiendo las escaleras de casa y, mientras le espero, mis nervios están a flor de piel. Camino de un lado a otro del pasillo, nerviosa.

Cojo aire profundamente y lo libero con lentitud, dejándolo escapar mientras mi vientre se hincha. Me aprieta el pantalón. Las navidades han estado repletas de excesos que me han pasado factura y que han aumentado de forma vertiginosa la cifra que hasta ahora indicaba la báscula cuando me subía sobre ella.

Me digo a mí misma que ya me preocuparé por hacer dieta post navideña un poco más adelante, porque con las tiendas y los supermercados repletos de polvorones y dulces variados es imposible no caer en la tentación. Febrero será un buen mes para empezar con algunos hábitos saludables y empezar a cuidar mi alimentación en condiciones. Y puede que, si consigo sacar fuerzas, empiece a nadar en la piscina. Todos los años me prometo que volveré al agua, y de una forma u otra, siempre termino dejándolo aparcado y no lo hago. Me apena muchísimo, porque nadar siempre significo una liberación para mí.

El repartidor sube y me sonrío. Me fijo en él y me doy cuenta de lo atractivo que es.

—¿Eres tú Ana Rodríguez?

Asiento con la cabeza y él me tiende un papel.

—Pues échame un garabato y en paz.

Firmo el papel sin apartar la mirada de la caja. Estoy tan nerviosa, tan histérica... Dos minutos después, se marcha y me quedo a solas. Llevo días preguntándole a mi editora cuándo llegarán los ejemplares de autor y ella lleva días contestándome que ya habían salido de imprenta y que no podía hacer nada por acelerar el proceso de envío. Me he comportado como una cría impaciente y, ahora que los tengo ante mí, me siento tan nerviosa que no saco fuerzas para abrirlos. ¿Y si no me gusta el resultado? ¿Y si los colores no son los mismos que he plasmado con mis acuarelas? ¿Y si la maquetación no es la esperada? Puede que no me guste el interlineado, o el tacto del papel. A veces la portada se ve muy diferente en persona.

Y pensar que no me vaya a gustar me aterra, porque ese libro que está dentro de la caja es una parte de mí. Me he dejado en él el corazón y un buen pedazo de mi alma.

Saco el teléfono móvil y llamo a Laura, pero los tonos se extinguen sin obtener ninguna respuesta. Quedarme esperando a su compañía para abrir la caja me parece absurdo, así que me dirijo a la cocina en busca de unas tijeras. Corto el celo que precinta la caja de la imprenta con tanta delicadeza que casi no parece estar abierta. Y, con las manos temblorosas, la abro. Pienso en mis lectores y en todas esas personas que dentro de muy poco tendrán bajo su poder uno de estos ejemplares. Ojalá sean capaces de apreciar todos los sentimientos que contienen estas páginas y ojalá mis letras tengan la suficiente fuerza como para ayudar a otra persona a superar un mal momento de su vida.

Retiro el papel que protege los libros y... ¡Voilà! Ahí están, tan bonitos, tan perfectos... Admito que tengo conmigo a la mejor editora y que Mónica es insuperable en cuanto a diseño y edición. Puede que tenga ofertas de editoriales más grandes e importantes, pero sé que nadie como ella me va a cuidar y va a mimar mi trabajo con tanto cariño y empeño.

Cojo uno de ellos y lo apoyo en mi regazo antes de comenzar a pasar las páginas una a una, con lentitud. Y, cuando por fin llego a la última página, lo suelto y lo dejo apoyado con mucho cuidado sobre el mueble del televisor. La emoción que siento se apodera de mí y empiezo a saltar de forma histérica mientras grito. Es un grito de júbilo, de satisfacción y de felicidad plena. ¿Hacía cuánto tiempo que no me sentía tan realizada? ¿Hacía cuánto que no me creía capaz de comerme el mundo y de hacer magia? Porque sí, eso es ese libro: magia. O al menos, lo es para mí.

Obviamente, la carga emocional que he puesto en él contribuye a que mi miedo a las críticas sea proporcional al orgullo que siento. Me dan auténtico pánico y sé que no seré capaz de encajarlas nada bien, pero supongo que de eso podré encargarme sobre la marcha.

Me acerco a la cocina. Camino dando saltitos con el teléfono móvil en la mano, preparándome para enviarle un mensaje de texto a mi editora. Sé que está ansiosa por conocer mi opinión, pero... ¡Dios! ¡Han quedado tan maravillosamente bien que ni siquiera sé cómo describirlos!

“Mil gracias por hacer magia, Mónica. Este libro es un sueño hecho realidad”, escribo y pulso la tecla de enviar. Después descorcho una

botella de champagne que se ha quedado olvidada en la nevera tras las cenas navideñas y alzo la copa en alto, brindando conmigo misma mientras una sonrisa plena y repleta de fortuna inunda las facciones de mi rostro.

Le doy un sorbo y, en ese instante, un sentimiento melancólico me hace recordar a Marcos. En otra época, él hubiera sido la primera persona con la que hubiera compartido una noticia de esta magnitud. Pero él ya no está y ahora, lo celebro yo sola. Resulta curioso que mi cerebro procese toda esa información y, al final, llegue a la conclusión de que estoy a tiempo de coger mi teléfono móvil y de llamarle. La última vez que nos vimos la situación no se desarrolló como imaginaba, pero es cierto que después conseguimos terminar en paz. Algo me dice que con un poco de esfuerzo podríamos volver a ser amigos y a llevarnos bien.

Marco su número de teléfono en la pantalla. Me lo sé de memoria, así que, a pesar de tenerle agendado, lo hago. Ir tecleándolo cifra a cifra me concede tiempo suficiente como para decidir si esta llamada está siendo correcta o no. Pulso la tecla verde de llamada y me llevo el auricular al oído. Un tono, dos tonos... Y cuelgo. El corazón me va a mil por hora mientras me digo a mí misma que soy una idiota por llamarle a él. Joder, Marcos ya no forma parte de mi vida, y en lugar de compartir este tipo de noticias con mi ex pareja, debería de disfrutarlas con Laura. ¡O con Leo! Al pobre de Leo ni siquiera le había tenido en consideración, y he de admitir que eso habla muy mal de mí después de toda la paciencia que él está teniendo.

Mi teléfono móvil empieza a sonar, pillándome desprevenida.

Cuando miro la pantalla, veo el nombre de Marcos iluminado en ella. Respondo de la misma, aunque mi tono de voz delata el nerviosismo que desprendo y lo cansada que estoy.

—¿Me has llamado?

Titubeo sin saber qué responder.

—Sí... Bueno, sí... —murmuro, caminando de un lado a otro de la cocina mientras intento ordenar mis pensamientos—. Quería saber si estabas libre para comer.

Nada más decirlo, me arrepiento.

Y no porque no quiera comer con él, sino porque soy consciente de lo mucho que he engordado estas navidades y de el mal aspecto que tengo, en general. ¿Hace cuánto que no piso una peluquería? Mi pelo, ahora mismo, es la evolución al nido de pájaros que ha sido durante los últimos meses. En realidad, no recuerdo la última vez que me lo desenredé, así que ahora mismo tengo un matojo de esos que ruedan por el desierto sobre mi cerebro.

—Estoy de celebración —añado al ver que se queda en silencio.

—¿Y qué se supone que vamos a celebrar? —inquire Marcos con un tono amigable.

Me sorprende comprobar lo fácil que está siendo esta conversación. Quizás, después de todo, podamos sentarnos a comer sin discutir, como dos viejos amigos que quedan para ponerse al día.

—Mi próxima publicación —respondo, y al hacerlo siento ese cosquilleo de nervios e ilusión que sentí cuando le anuncié la

publicación de mi primer poemario.

Es curioso, porque por alguna razón incomprensible había almacenado ese recuerdo en el fondo de mi mente y no me había parado a rescatarlo hasta hoy. Recuerdo que también abrí la caja de los ejemplares de autor yo sola, y que sentí esa excitación indescriptible y que me quedé observándolos fijamente, incapaz de concebir la idea de que aquel pequeño librito había salido de mi mente y de mis manos. Era mío, mi creación. Marcos estaba en el estudio, pero volvía al mediodía a comer conmigo. Rememoro el instante en el que los coloqué, uno a uno, sobre la mesa del salón con las manos temblorosas. Me senté frente a ellos y me quedé esperando a que las agujas del reloj marcaran la hora indicada, y cuando escuché el cerrojo de la puerta principal, sonreí. Solamente sonreí. No me moví un solo centímetro, porque no sabía qué decir ni cómo expresar todos aquellos sentimientos que albergaba en mi interior.

Marcos caminó hasta el salón. “¿Ya han llegado?”, preguntó con tono expectante y se respondió a sí mismo cogiendo un ejemplar de la mesa. Lo ojeó superficialmente y después se acercó a mí para entregarme un beso cargado de efusividad. “No imaginas lo orgulloso que estoy de ti”, me dijo. Eso fue todo, pero para mí significó muchísimo.

Sí, yo también me sentía orgullosa de mí misma. Era consciente de que había creado aquel poemario con el único y claro objetivo de impresionar a Marcos, pero el resultado había conseguido impresionarme a mí.

—Te quiero —susurré, devolviéndole el beso.

Disperso esos dolorosos recuerdos de mi cabeza y le doy un sorbo a la copa de champagne mientras espero su respuesta.

—Pues sí, habrá que celebrarlo. ¿Nos vemos dónde la última vez sobre las dos del mediodía?

Miro el reloj de mi muñeca y compruebo que son casi las doce y media. Intento hacer cálculos mentales para saber si me da tiempo a adecentarme y a llegar al centro.

—Hecho. A las dos —le digo, justo antes de colgar y salir corriendo a la ducha.

Hace años que jubilé casi todos mis zapatos de tacón y que me acostumbré a llevar deportivas. Hoy, que es un día especial, he optado por ponerme unos botines que guardé para ocasiones especiales. Acelero el paso porque voy a llegar tarde y me doy cuenta de que no sé caminar con ellos sin parecer un pato mareado.

“Me hago mayor”, pienso, soltando una risita en voz alta.

Todavía recuerdo a esa niña que antiguamente soñaba con cumplir los dieciocho para ser mayor de edad. ¿Qué ha sido de ella? ¿Cómo diablos podía ser tan ingenua, tan inocente, tan feliz? Me recuerdo a mí misma repleta de sueños y con unas inmensas ganas de comerme el mundo. Supongo que no pensaba en nada reseñable que marcara la diferencia con el resto de los adolescentes, pero recuerdo que vivía en una eterna nube. Ahora he descubierto la realidad. No voy a comerme el mundo, qué va. Voy a pelear porque no sea el mundo quien me coma a mí.

Entro en el local con los nervios a flor de piel. Esta vez soy yo la que llega tarde, pero lo prefiero así.

Marcos ya está sentado en la mesa. Se acaba de cortar el pelo y tengo que admitir que está guapísimo. Bueno, ¿para qué engañarme? Marcos es muy guapo y muy atractivo. Desprende ese *je ne sais quoi* que es capaz de cautivar a todas las féminas que se le acercan.

Me siento frente a él y le dedico la mejor de mis sonrisas. Me doy cuenta de que, a pesar de estar bastante nerviosa, soy capaz de aguantar el tipo y de no sentir el malestar que hace semanas me carcomía por dentro cuando pensaba en él.

—Estás muy guapa, Ana —dice, sonriendo—. Se te ve realmente bien.

Yo le dedico esa mirada coqueta que solía practicar cuando éramos dos tortolitos que quedaban a altas horas de la madrugada para compartir besos furtivos en un coche.

—Tú también te ves genial, Marcos —respondo—. Te lo digo en serio.

Él me pregunta qué voy a querer comer y yo me decanto por una ensalada. Pedimos la comida y una botella de vino para celebrarlo, y mientras esperamos a que nos atiendan, saco el ejemplar del libro y lo deslizo por encima de la mesa para mostrárselo.

Sonríe y lo coge entre sus manos, pero no llega a abrirlo porque su teléfono empieza a sonar. “Es del estudio, tengo que responder”, me dice, justo antes de levantarse y de desaparecer entre las mesas en busca de un poco de intimidad.

Vuelvo a recuperar el libro y, mientras espero la comida y a que él regrese, soy yo quien lo ojea. No sé cuántas veces lo he visto a estas alturas, pero no me canso de revisarlo una y otra vez. Es... Increíble. Ha quedado increíblemente bien.

Llega la ensalada y nos sirven el vino, pero Marcos no regresa. Levanto la vista a través de la cristalera. Como la llamada se le

estaba alargando, ha salido al exterior para hablar con más tranquilidad. O puede que lo haya hecho porque el barullo del local no le permitiera escuchar con claridad, no lo sé. Parece alterado, así que deduzco que no está manteniendo una conversación demasiado agradable y que, casi como siempre, tienen problemas. Es lo que tiene la arquitectura: encajar la visión del diseño con lo que el cliente espera y desea suele ser muy complicado. Pero Marcos es bueno y sabe salir del paso y resolver cualquier inconveniente, sí. Tiene una gran capacidad de convicción y es capaz de ganarse a la gente con rapidez.

Pasan los minutos y, como me muero de hambre, empiezo a pinchar por las esquinas algunos brotes de la ensalada. Al principio lo hago de forma disimulada para que no se dé cuenta de que he empezado a comer sin esperarle, pero cuando el reloj ya suma veinticinco minutos de espera, opto por seguir comiendo de forma descarada.

Entiendo que pueda tener complicaciones en el trabajo y que requieran de su atención, pero... ¿De verdad no es capaz de posponer esa conversación veinte minutos para comer conmigo?

Mis nervios empiezan a crispase, así que me digo a mí misma que lo mejor es que mantenga mi mente en modo zen y no le dé mayor importancia de la que tiene.

Casi cuando se va a cumplir la media hora de espera, regresa a la mesa. Su gesto amigable ha desaparecido y la expresión de su rostro delata el mal humor que le ha provocado esa llamada.

—¡Joder! —se queja mientras se coloca la servilleta en el regazo y coge el cuchillo y el tenedor—. Es que no saben hacer nada bien,

¿sabes? —continúa, refunfuñando—. Es lo mismo de siempre, o estás detrás de cada uno de ellos o aquí no hace su trabajo ni Dios.

Yo intento responderle con una mueca lastimosa, pero en realidad, no me sale nada. Absolutamente nada. Marcos continúa con su retahíla de quejas sin siquiera tomarse un respiro para disculparse conmigo por la espera. Al principio me es indiferente, pero cuando veo que lleva otros diez minutos hablando sin parar y que ni siquiera se ha molestado en echar una ojeada sincera a mi libro, empiezo a sentirme dolida.

Dolida de verdad.

Una sonrisa sarcástica inunda mi rostro. ¿Cómo diablos he podido estar tan ciega durante tantos años de mi vida? ¿Cómo narices he podido enamorarme hasta las trancas de un ser tan egocéntrico y engreído? Podría mentirme a mí misma diciéndome que ha cambiado, pero la realidad es que él siempre ha sido así y, por esa misma razón, me he ido sintiendo muy pequeñita cuando estaba su lado. Marcos cree que el mundo le pertenece y que está por encima de los demás, así que lo de disculparse o dar la razón a terceros no es algo que vaya con su personalidad ni que se vea muy a menudo.

—Sí, ya... A mí también me hace mucha gracia —dice al ver mi gesto—. Y no te imaginas qué es lo peor de todo...

Hace diez minutos que ha vuelto y ya me ha puesto al día de los problemas que tiene con los nuevos clientes. En realidad, a estas alturas, podría decirse que me ha puesto al día de las novedades de su vida.

Mi poemario sigue encima de la mesa, esperando. Y mi sonrisa se ensancha al darse cuenta de que me da absolutamente igual. Esta vez es diferente. Esta vez no he pretendido, en ningún momento, que mi obra sirva para impresionar a Marcos. Qué va. El único objetivo que había en el proceso de creación de ese cúmulo de páginas encuadernadas era sanar. Curar el alma.

Y tengo que admitir que lo he conseguido.

—Estás muy callada... —me dice Marcos.

Soy consciente de que antiguamente hubiera dedicado mis esfuerzos y energías en atender a su conversación y a procurar hacerle sentir mejor. Pero esta vez, no. Estoy demasiado ilusionada y demasiado feliz como para permitir que Marcos vuelva a encapotar los rayos de sol que por fin iluminan mi frente.

Mi teléfono móvil vibra en el interior del bolsillo de mi pantalón. Lo he silenciado conscientemente, para que no nos molestasen ni nos interrumpieran. Pero, dadas las circunstancias y la situación actual, no titubeo demasiado en sacarlo para comprobar de quién se trata.

Es Leo, así que la sonrisa sarcástica desaparece de mi rostro y es sustituida por una más sincera y plena. Quiere saber qué tal estoy... Le respondo de la misma sin importarme que Marcos pueda sentirse ignorado.

“Acaban de llegar los ejemplares de autor y..., estoy feliz”. Pulso la tecla de enviar.

—¿Con quién hablas? —inquire.

No me da tiempo a contestarle en voz alta porque Leo me responde al instante. Levanto el dedo índice, pidiéndole un segundo de margen. Sé que Marcos no está demasiado acostumbrado a que le hagan esperar y que esto, seguramente, no le sentará demasiado bien.

“¿Vienes a casa y descorchamos una botella para celebrarlo?”.

“No puedo. Estoy comiendo con...”. Comienzo el mensaje, pero no lo termino.

—¿Qué ocurre, Ana? —insiste Marcos.

Evidentemente, odia sentirse desplazado.

—Dame un segundo.

Me pienso dos veces la respuesta para no meter la pata.

“Por supuesto. Te veo en diez minutos, estoy de camino”.

Guardo el teléfono móvil en el bolsillo con una sensación de satisfacción personal y de empoderamiento que muy pocas veces he tenido la suerte de disfrutar en mi vida. Siempre me he preocupado tanto por complacer a los demás, que al final he ido dejando de lado aquello que a mí me satisfacía. Y Marcos..., bueno, supongo que le he tenido idealizado. Y supongo que haber puesto tierra de por medio me ha venido para ser realmente consciente de ello.

—¿Sabes qué, Marcos? —le digo en voz baja para que nadie más que él pueda escuchar la conversación—. Que creo que terminar nuestra relación fue algo positivo para ambos. No encajamos... No

somos afines. Y llevábamos arrastrando esa diferencia desde el principio, aunque creo que ninguno de los dos éramos consciente de ello —le cuento, procurando no irme por las ramas—. Tú eres como eres. Y siempre has estado y te has sentido superior a mí... Y eso, de alguna forma, no era sano para nosotros porque no estábamos a la par. Necesitas a alguien con un carácter fuerte... A alguien como tú.

“Alguien que no puedas aplastar”, pienso.

—Y espero que tu nueva novia esté a la altura —concluyo con un tono de voz amistoso para que no me malinterprete y se piense que esto es un reproche. Porque no lo es, en absoluto—. Espero que os vaya de maravilla y que sigamos viéndonos por la ciudad, por supuesto... Pero, si te soy sincera, ahora mismo siento que ni siquiera encajamos como amigos —le cuento, riéndome, feliz—. No somos afines —repito, interiorizando esa parte de la que acabo de ser plenamente consciente—. Nunca lo hemos sido.

Me limpio las manos con la servilleta y la apoyo sobre la mesa.

—Me tengo que marchar —digo, revisando mi reloj de muñeca. Llevo más de cincuenta minutos sentada en esta silla y tengo la sensación de haber estado perdiendo el tiempo hasta ahora—. Se me ha echado el tiempo encima, lo siento.

Él aún no ha terminado su filete, aunque mi plato hace bastante rato que está vacío. Levanta los brazos en alto con el ceño fruncido, sin saber muy bien qué decir. Esta claro que esta reacción le está pillando desprevenido.

—¿Vas a volver a dejarme tirado? —escupe de malas formas—. ¿No vas a ser capaz de quedarte hasta que termine la comida?

Niego con la cabeza muy lentamente. Y me siento bien al hacerlo... ¡Me siento genial!

—Claro, tú siempre tan dispuesta a ser el centro de atención... —suelta con desagrado.

Yo ignoro el comentario, me acerco a él y le doy un suave y fugaz beso en la mejilla.

—Cuídate, de verdad —murmuro, antes de darle la espalda.

Y aunque caminar con tacones ya no se me da tan bien como antaño, esta vez mantengo el paso firme y decidido sin borrar la sonrisa de mis labios.

Dicen que nunca es tarde para rectificar, ¿verdad?

Latidos de vida.

Así he titulado mi nuevo poemario, porque supongo que eso es la vida, ¿no? Un latido detrás de otro. Un corazón bombeando sangre de forma incesante mientras todo sigue girando, todo continúa su curso hasta que, al final del camino, el latido se apaga. La luz se extingue y todo se vuelve oscuridad.

Y de eso hablo en esas páginas: de dolor, de oscuridad, de angustia. Pero también de luz, de resurgir y de salir adelante. De que por muy largo que sea el túnel, si uno sigue caminando siempre llegará a su final.

Vuelve a empezar a llover. Así es Bilbao, por supuesto. Puede que el tiempo nos conceda una tregua de un par de días, pero tarde o temprano la lluvia vuelve a caer. Uno puede deprimirse y encerrarse en casa o aprender a disfrutar de la belleza que desprende. A mí siempre me ha parecido muy romántico el hecho de ver caer el agua del cielo, pero no todo el mundo es como yo. Y no todo el mundo aprende a encontrar la belleza donde el resto no es capaz de apreciarla.

Toco el timbre de Leo, pero no espero. Responde de la misma, como si hubiera estado anhelando mi llegada junto al telefonillo. Sonrío y subo las escaleras corriendo, ansiosa por verle y sintiéndome, de forma irremediable, absurda. Muy absurda. Tenía la sensación de que Leo solamente me servía para parchear la herida que Marcos había dejado en mi corazón, pero había estado

equivocada. Durante estos meses se había dedicado a llenarlo de luz. A devolverme la ilusión. Y creo que mi sufrimiento había impedido que yo pudiera devolverle todo lo que él me daba.

—¡Enséñamelo! —exclama, riéndose, mientras tira de mí para apremiarme a entrar.

Me besa en los labios con impaciencia, sin darme opción a decir nada ni a saludar.

—Tenía ganas de verte —suelta, cuando por fin se separa de mí.

Los ojos grisáceos de Leo son tan sinceros y cristalinos que, de alguna forma, es imposible sentirme juzgada o inferior cuando estoy junto a él. ¡Qué curioso! Porque durante todos estos meses, nunca había sido consciente de ello.

En realidad, confieso que en una cosa tenía razón: necesitaba estar conmigo misma y comprenderme para que mis sentimientos se aclarasen de una vez por todas.

Saco el poemario del bolso y le entrego el librito. Él sonríe y, sin abrirlo, me da la espalda y camina en silencio hasta sentarse en la butaca que hay junto a la cristalera.

—¿Qué te pare...?

—¡Silencio! —exclama, riéndose—. No quiero distracciones, que voy a leer.

Yo me muero de risa y me froto las manos mientras experimento una mezcla de ilusión y expectación. Sobre la mesa auxiliar hay dos copas y una botella de vino blanco abierta. Las dos copas que he

tomado previamente hacen que me sienta un poco mareada, pero aún así me sirvo una más y la degusto con calma mientras voy analizando los gestos que Leo dibuja en su semblante mientras va pasando las páginas de mi libro.

*Latidos de vida,
de dolor, de pena.
De una lágrima sin casa,
que busca y busca,
hasta perderse en una comisura de unos labios que no encuentra.*

*Latidos de pasión,
con amor, con fuerza.
De unos besos sin ganas,
que buscan una piel que los reciba de madrugada.*

Le miro. Está concentrado y..., está guapísimo. Leer le sienta realmente bien y le convierte en un ser terriblemente atrayente. Puede que Marcos tenga “algo” que lo hace especial, pero Leo es altamente sexy. Es irresistible. Y mientras él continúa analizando, distraído, mis letras, yo me pregunto cómo un chico tan inteligente y atractivo ha terminado fijándose en una persona tan extraña como lo soy yo.

Me bebo la copa de un sorbo y me acerco a él. Ya lleva media hora sumergido entre las páginas de mi libro, y necesito saber algo. Necesito conocer su opinión.

Se lo arrebató de forma juguetona de las manos y me siento sobre su regazo. Leo tuerce el gesto en una mueca de disgusto.

—¿Me lo devuelves, por favor?

Yo niego rotundamente con la cabeza.

—¿Qué opinas? ¿Me van a machacar?

—Va a encantar —admite—. Te ha quedado... muy intenso. Estoy convencido de que gustará muchísimo.

Sonrío de oreja a oreja, con satisfacción.

Necesitaba escuchar algo así, porque he de admitir que esta vez la crítica me da un miedo atroz. Y no la prensa, qué va. Los lectores en general. Mi primer poemario gustó muchísimo y es tan diferente a este, que... Bueno, no sé. Supongo que en el fondo tengo miedo de decepcionarlos a todos.

—Me alegro de poder compartir este momento contigo, Ana —me dice Leo—. Creo que ese poemario será una forma de cerrar puertas.

—Yo también lo creo —admito.

Lo peor de todo es que no he sido capaz de darme cuenta hasta que he tenido a Marcos frente a frente y me he chocado con la realidad. Apoyo la frente sobre la de Leo y suspiro hondo. Aquí, en su regazo, me siento a gusto. Como si hubiera encontrado un lugar donde sentirme en paz y poco juzgada. Como si, por fin, pudiera ser yo misma y dejar atrás el pasado, escapando de todo.

—Siento haber tardado tanto en darme cuenta —murmuro en voz baja justo antes de guiñarle un ojo.

Él frunce el ceño sin comprender a qué me refiero.

—¿De qué estás hablando?

En ese instante, me doy cuenta de que parece estar muy cansado. Las facciones de su rostro están un poco más acentuadas de lo normal y las ojeras amoratadas que enmarcan su mirada delatan la falta de sueño que ha padecido los últimos días. Supongo que viene de alguna guardia en el hospital.

—En lo genial que eres, Leo —confieso—. Siento haber tardado en darme cuenta.

Él suelta una risotada, restándole importancia a lo que estoy diciendo antes de atraerme hacia él. Su boca busca la mía y sus labios presionan los míos. El beso se intensifica con lentitud, de forma gradual, mientras mis manos recorren su firme torso. Es imposible estar cerca de Leo y no querer más. No buscar más.

Mi cuerpo comienza a mecerse casi de forma autómatas, rozándose contra él. Puedo sentir cómo su erección va creciendo debajo de mí, mientras el beso y las caricias se vuelven más desesperadas por momentos. Cierro los ojos, dejándome llevar. Su boca desciende por mi cuello y sus manos ascienden reptando por mi piel hasta liberar mis pechos del sujetador. Lo desabrocha con destreza, y después se deshace de mi ropa con lentitud. Continúa besándome, lamiéndome. Atrapa uno de mis pezones con su boca y lo succiona, provocándome un gemido involuntario de placer antes de ponerse de pie, sin apartarme. Me aúpa con fuerza y camina hasta su habitación. Yo me río tontamente mientras me pregunto de dónde sacaré las fuerzas para sostenerme. Y, en ese preciso instante, me doy cuenta de que tampoco me importan los kilos de más que he ganado estas navidades. Leo me hace sentirme bien conmigo misma, a diferencia de Marcos. Me sujeta por los talones y me

desata los botines con cuidado antes de lanzarlos a una esquina de la habitación. Después desabrocha mi pantalón y se deshace de él, dejándome solamente con mis braguitas negras de encaje. Repta por mis piernas, dejando por ellas algún beso fugaz, hasta llegar a mi monte de venus. Muerde mi ropa interior antes de quitármela. Su lengua busca mi placer, succionando mi clítoris y mordéndome con sensualidad. Me sujeto con fuerza a la colcha, intentando controlar los espasmos de placer que me invaden mientras él me toca.

—Leo... —murmuro con la voz ronca, sintiendo cómo el éxtasis me arrolla y me abraza las entrañas.

Se detiene y me provoca una inmensa oleada de desesperación que soy incapaz de controlar. Le atraigo a mí, empujándole con mis piernas para poder besarle en la boca. Sabe a mí, a sexo. Y me encanta este sabor. Lo aprisiono contra mi cuerpo y él me inunda con lentitud mientras yo enrosco las piernas alrededor de su cintura. Levanto las caderas para recibirle, para sentir que se hunde en mi interior hasta el fondo y que me llena por completo. Y mientras siento su respiración ardiente contra mi piel, sus manos deslizándose por mi cuerpo, su mirada del color del cielo gris clavada en mis pupilas. Todo da vueltas a mi alrededor y siento cómo pierdo el control de mí misma. Él pronuncia mi nombre. Dos sílabas que arrastra con sensualidad mientras su lengua juega inspeccionando mi paladar. Y entonces, lo noto. Siento cómo estoy a punto de explotar y cómo todo empieza a dar vueltas a mi alrededor. Le atraigo con más fuerza contra mi cuerpo, contrayendo los músculos. Anhelándole. Deseándole. Buscándole. Quiriendo más, y más... Hasta que, finalmente, él se hunde tan intensamente

en mí que explota. Y explota. Y un orgasmo nos arrolla casi en el mismo momento mientras nuestros cuerpos desnudos caen rendidos, abrazados, sobre el colchón.

Leo se queda mirándome fijamente mientras su pecho sube y baja de forma descompensada. Me atrae contra él y yo apoyo la cabeza sobre su pecho. Escucho los latidos irregulares y acelerados de su corazón y siento cómo una extraña sensación de paz me inunda.

—Va a ir genial —promete.

Y no necesito preguntar para saber que se refiere a mi nuevo poemario.

—Eso espero.

Acaricia mi cuero cabelludo con lentitud, provocándome una sensación de serenidad y sosiego que me encanta. Yo, mientras tanto, tamborileo mis dedos por su antebrazo, haciéndole cosquillas sobre la piel. Siento cómo el sueño se va adueñando de mí y, rendida, me dejo arrastrar por los brazos de Morfeo sin pensar en nada. Simplemente sintiéndome en paz.

¿Hacía cuánto que no experimentaba esta sensación de calma?

Noto la lluvia cayendo sobre mí. Tengo frío y tiemblo de forma descontrolada mientras abro los ojos e intento adivinar dónde estoy y cómo he llegado hasta este lugar. Estoy en un bote, otra vez.

Me incorporo lentamente mientras siento el vaivén del oleaje, meciéndome de un lado a otro sin control. Estoy semidesnuda, solamente vestida con una camiseta blanca que ya está mojada y se adhiere a mi piel. Presiento cómo la angustia empieza a adueñarse de mi mente, así que me apresuro a coger los remos para intentar controlar la chalupa en la que estoy. Pero no puedo. El oleaje cada vez es más intenso y el bote parece negarse a cumplir mis órdenes y retumba de un lado a otro, sacudiéndome con fuerza en su interior. Suelto los remos y me sujeto con fuerza a los bordes de la chalupa mientras rezo internamente por no caerme y porque no vuelque.

“Esto es un sueño”, me digo a mí misma, intentando aplicar cierta lógica. Tiene que serlo. Tiene que ser una pesadilla. ¿Cómo narices he llegado hasta aquí, sino? Me pellizco con fuerza el brazo, pero no me despierto. Y tengo frío, tanto frío que no puedo parar de temblar. La lluvia cada vez es más intensa y un relámpago parpadea en el cielo, anunciando la tormenta que aún está por llegar.

La lluvia se intensifica todavía más y dificulta mi visión. No soy consciente de cuándo he empezado a hacerlo, pero estoy llorando.

Estoy llorando a lágrima viva mientras rezo por no terminar hundiéndome en las profundidades negras del mar mientras mis pulmones tragan agua, luchando desesperadamente por hallar un atisbo de oxígeno en el exterior.

Veo cómo un rayo cae en mitad del mar, a muy pocos metros de donde estoy. Grito. Y al chillar, me doy cuenta de que mi voz delata tanto miedo y tanta desesperación que más bien parece el alarido de un animal en peligro, asustado y malherido. Un animal que sabe que los segundos de su existencia comienzan a llegar a su final y que pronto todo llegará a su fin. Que desaparecerá.

Una última e intensa sacudida hace volcar el bote, y aunque intento aferrarme con fuerza a él, no consigo mantenerme sujeta y termino arrastrada por la resaca. El olaje me engulle, atrapándome entre sus aguas y empujándome hacia el fondo del mar. Respiro. O, mejor dicho, intento respirar, pero solo trago agua salada. Y duele. Duele mucho. La sensación de desesperación se amplifica todavía más. Poco a poco, todo comienza a volverse negro y yo voy quedándome sin fuerzas para pelear contra la inmensidad del mar. Remo hacia la superficie, pero la resaca me continúa empujando hacia el fondo. Hacia la oscuridad. Voy apagándome hasta que, al final, me rindo. Y cuando lo hago, cuando decido que ya no voy a luchar contra la fuerza de la naturaleza, desvío la mirada hacia el fondo y veo una luz. Algo que resplandece con fuerza ahí, abajo. Una luz intensa, brillante y blanca. Cegadora. Una luz que me invita a descender en vez de continuar peleando contra lo que sé que no podré ganar.

Y comienzo a nadar hacia esa luz. Casi no tengo fuerzas, pero lo poco que albergo en mi interior me sirve para empujarme hacia

abajo. Esta vez siento cómo la potencia del mar me empuja hacia abajo, como me arrastra y me ayuda a descender. Y cuando por fin llego a la luz, todo se ilumina y el frío que se había filtrado en mis huesos desaparece.

Cojo una profunda bocanada de aire, llenando mis pulmones, y abro los ojos. Estoy en la cama, junto a Leo. Él se incorpora a mi lado casi con la misma brusquedad con la que lo hago yo, como si hubiéramos compartido la pesadilla y el sueño no hubiese sido solamente mío.

—¿Estás bien? —me pregunta él.

Yo me quedo en silencio, sopesando la respuesta. Necesito un par de segundos para ser consciente de que sí. Estoy bien. Muy bien, en realidad.

Una sonrisa aflora en mi rostro y comprendo, por fin, que la capacidad de transformar la pesadilla en realidad solamente radica en nosotros mismos. Que somos los únicos capaces de distorsionar nuestros sentimientos y de moldear nuestras emociones. Y que, en ocasiones, la peor de las circunstancias nos puede arrastrar hasta la mejor sucesión.

A veces, la vida tiene fuerza propia. Y en ocasiones, solo basta con dejarse llevar.

—Sí, creo que sí —respondo, besándole fugazmente en los labios—. Pero vamos a cerrar los ojos un poco más, ¿vale? Estaba a punto de encontrarme a mí misma.

Él suelta una carcajada, estrechándome con fuerza entre sus brazos.

—No hay quien te entienda, Ana.

Y puede que tenga razón.

En realidad, entenderme a mí misma está suponiendo un reto que intuyo que durará bastante más de lo esperado.

Desfilan bandejas con copas de cava y canapés, pero esta vez no nos hemos colado en ninguna fiesta de pedida. Qué va.

Laura va de un lado a otro, correteando a sus anchas mientras engulle vino y devora canapés. Es la reina de la sala y todas las miradas se desvían hacia ella. Y me encanta, porque su maravillosa presencia hace que yo pueda pasar un poco desapercibida y, simplemente, disfrutar. Va vestida guapísima, con uno de esos vestidos de gala que se arrastran y que dejan la espalda al descubierto. Es una bomba sensual y lo sabe, y por eso se contonea de un lado a otro con descaro. Porque puede y le gusta hacerlo. Porque le encanta ser el centro del mundo y disfruta con ello.

Además, la organización de la fiesta ha sido cosa de ella. Desde que Sergio la despidió del trabajo ha reenfocado su vida de otra forma y ahora se dedica a lo que más le gusta: dar luz a los eventos y a vestirse de gala. He de admitir que esto se le da realmente bien y que en muy pocas semanas ha conseguido hacerse un hueco como organizadora de eventos.

También hace una semana que mi nuevo poemario, “Latidos de vida”, salió a la venta y desde entonces ha arrasado en las listas de ventas de todas las grandes librerías. Así que aquí estamos hoy, celebrándolo por todo lo alto.

Las fiestas nunca se me han dado demasiado bien, pero he de admitir que esta no está nada mal. No hay música alta y solamente están presentes algunos compañeros de la editorial, mi familia y mis amigos más cercanos. Y Leo, por supuesto.

Leo también.

Quién me iba a decir a mí que aquella noche en la que opté por sentarme en un reservado en contra de mi voluntad, encontraría a una persona tan curiosa y peculiar como lo es. O bueno, no sé, quizás después de todo haya sido al revés y sea él quien me haya hecho encontrarme a mí.

Porque supongo que la vida va de eso, de aprender. De crecer. De seguir.

Y a veces el camino no es fácil y, en ocasiones, el tiempo puede ser muy relativo.

Laura coge el micrófono que mi editora ha usado hace unos minutos para darme la enhorabuena por todo el trabajo que he desempeñado estos últimos meses y por toda la ilusión que le he puesto a “Latidos de corazón” y empieza a decir una serie de tonterías sin fin. Una detrás de otra, sin sentido. Lleva un par de copas de más y lo más coherente que le escucho decir es que me quiere mucho y que no sabría qué hacer sin mí. Todos nos reímos, porque así es Laura y porque no hay nada que hacer con ella. Es un espíritu libre, una de esas personas que transmiten que la eterna juventud no es una fantasía y es real. Ella es el ejemplo.

—¿Te está gustando tu fiesta? —ronronea Leo en mi oreja.

Yo le dedico una sonrisa mientras sus manos rodean mi cintura, atrayéndome contra él. Puede que no tengamos una relación convencional. Es más, a día de hoy todavía no nos hemos puesto una etiqueta. ¿Para qué? Me esforcé mucho y durante mucho tiempo porque Marcos me considerase su pareja, porque me incluyera en su vida y porque nuestros mundos se fusionasen. Y me cegué tanto en intentar conseguirlo que no me di cuenta de que estaba dejando atrás todo, absolutamente todo lo que conocía y había creado hasta el momento.

Me esforcé tanto en ser lo que él esperaba y quería, que me olvidé a mí misma. Que me perdí por el camino.

Han pasado meses desde aquel viaje a Madrid. Han pasado muchas noches desde aquella primera vez en la que me hice un ovillo en la cama y sentí cómo la soledad se cernía sobre mi cuerpo. El tiempo no espera. El tiempo corre y desaprovecharlo nunca es una opción. O, al menos, no debería serlo.

Así que, volviendo a él... ¿Qué es Leo para mí? No lo tengo claro, pero hace tiempo que ha dejado de ser una distracción al dolor para ser, en su lugar, una aventura al descubrimiento. Me hace ver las cosas de una forma diferente y, de algún modo, me complementa. No necesito preguntarme hacia dónde vamos, porque simplemente me dejo llevar. Me dejo arrastrar por la corriente y que sea la que decida cuál es el puerto en el que atracaré al final.

—No es mi fiesta —respondo, guiñándole un ojo—. En realidad, es más de mi editorial que mía. Yo lo único que he hecho...

—¿Vas a dejar de quitarte méritos? —me insta, y yo me encojo de hombros, admitiendo que algo de razón ya tiene.

—Está bien —musito en voz baja, mientras de fondo nuestra amiga en común continúa con su discurso de presidenta de la fiesta.

No entiendo una sola palabra de lo que está diciendo, pero aún así consigue sacarme una sonrisa. Tiene la voz gangosa y arrastra las sílabas al hablar.

—¿Recuerdas esa noche en la que llevé a Laura a tu casa? Creo que en alguna ocasión hablamos sobre ella...

—La recuerdo —respondo con contundencia—. ¿Esa noche en la que te deshiciste de ella y me pasaste el problema a mí? Por supuesto que la recuerdo.

Leo suelta una risotada sincera.

—Tiene pinta de que hoy acabará igual.

Le acaricio la barba antes de responderle. Está guapísimo. Como es anti trajes, va vestido con una camisa blanca y un pantalón de vestir gris ceñidito que le marca todo y deja muy poco a la imaginación.

—Te doy la razón —admito, mientras auguro internamente cuál será nuestro final.

Supongo que no distará mucho de aquella noche, no.

—Sabes que esto está lleno de gente y de amigas vuestras, ¿verdad? Estamos a tiempo de huir.

—¿Quieres que me escape de mi propia fiesta? —pregunto, riéndome a carcajadas como si acabara de decir una auténtica tontería. Una más grave que las que Laura está soltando con ayuda del micrófono.

¿De verdad nadie piensa quitárselo?

—Sí, eso es lo que pretendo —murmura con voz sensual en mi oreja—. Se me ocurren otras cosas más interesantes que podemos hacer mientras ellos celebran tu éxito.

—¿Y nosotros no vamos a celebrarlo?

Llevo un vestido de gala negro con escote en la espalda, y Leo aprovecha esos huecos abiertos que deja para besar con sensualidad mi piel. Yo me estremezco al sentir cómo presiona de forma juguetona mi trasero.

—Podemos celebrarlo de otras formas más interesantes —concluye, guiñándome un ojo.

No necesito pensármelo mucho, porque me vuelve loca. Tiene esa capacidad desde el día en el que le conocí.

Tira de mi brazo en dirección a la salida. Estamos en un hotel céntrico de Bilbao y no demasiado lejos de nuestra casa. Aunque deduzco por su picardía que no tiene intenciones de ir a casa, la verdad. Nos cruzamos con varios huéspedes y salimos al exterior. No llueve, pero el frío helador que hace congela mis articulaciones al momento. Leo camina dos pasos en dirección a la carretera y, en ese instante, le veo. A Marcos. Está ahí, apoyado contra la fachada

mientras se fuma un cigarrillo. Me pregunto cuándo habrá comenzado a fumar y le hago un gesto a Leo para que se adelante.

—Dame un minuto.

—¿Estás segura de que...?

Yo asiento y me dirijo hacia mi ex con una sonrisa en los labios. Esa sensación de malestar que sentía al verle ha desaparecido por completo. No queda rastro de ella, solamente una nostalgia positiva y los recuerdos de todos esos buenos momentos que hemos compartido con los años.

—Quería pasarme para felicitarte por el éxito —me dice, guiñándome un ojo—. Sabía que lo conseguirías.

Yo cojo aire, inundando mis pulmones e inflando el pecho al hacerlo. No sé si lo dice en serio o si solamente intenta quedar bien conmigo, pero me alegra escucharlo de sus labios.

—Gracias —murmuro en voz baja, sin saber muy bien qué decir—. Gracias por todo, Marcos.

Él se encoge de hombros.

—De nada —responde, justo antes de lanzar la colilla muy lejos—. Siento no haberlo dicho hasta ahora, Ana... Pero nunca pretendí hacerte daño.

—Lo sé —murmuro en voz baja—. De verdad que lo sé.

Nos miramos fijamente.

Yo aprieto el abrigo con fuerza contra mi cuerpo, intentando vanamente entrar en calor. Tengo la sensación de que estamos bajo

cero, aunque en realidad es una sensación térmica que causa la humedad del ambiente. Debemos de estar a unos cinco o seis grados centígrados, poco más.

—Ese tipo tiene suerte —dice, señalando a Leo.

Suelto una carcajada y me acerco a él, acortando la distancia que nos separa.

Me pongo de puntillas y le beso en la mejilla de forma delicada. Tiene la tez fría, muy fría. Me pregunto cuánto tiempo llevará ahí, esperándome...

—Cuídate mucho y que todo vaya bien, ¿vale? —le digo.

Él asiente con seriedad y, en este instante, me doy cuenta de que esto es una despedida. Una de verdad, la que desde el principio se merecía nuestra historia de amor y la que ninguno de los dos se dignó jamás a darle. Esto es lo que merecemos y lo que necesitamos.

Me doy la vuelta y, sin mirar atrás, corro hacia Leo.

Ha parado un taxi y me espera junto a él con la puerta trasera abierta. Su mirada choca con la mía, y al hacerlo me interroga de forma silenciosa para saber si todo está bien. Y lo está, prometo que lo está. Por primera vez, todo es tal y como debe de ser.

Beso a Leo en los labios mientras noto cómo sus dedos se filtran bajo la tela de mi vestido.

—¿Jugamos? —murmura con voz sensual—. Rober y Raquel nos están esperando.

—Jugamos —respondo con picardía.

A fin de cuentas, la vida consiste en eso... ¿no?

En disfrutar y no olvidar que todo esto no es más que un juego.

FIN

NOTA

Voy a comenzar esta nota aclarando que, aunque me inspiro en la vida real, todos los acontecimientos de esta historia son producto de mi imaginación. Cualquier parecido con la realidad es una mera coincidencia.

Quiero aprovechar este pequeño espacio para dar las gracias a todos mis lectores, que historia tras historia siguen compartiendo esta aventura conmigo. Son muchas publicaciones a mi espalda, sin descansar y persiguiendo mis sueños. Detrás de cada novela, hay un trabajo inmenso que no podéis llegar ni a imaginar. Pero lo que tengo claro es que, sin lo que vosotros aportáis, nada de esto tendría sentido. Yo no estaría aquí, y mis historias desaparecerían.

Gracias infinitas por todo el cariño que me dais.

Me hará infinitamente feliz leer vuestros comentarios en Amazon o que me escribáis a mis redes sociales (@haizealopezoficial).



SOBRE LA AUTORA

“Christian Martins” y “Búho” son los seudónimos de la autora vizcaína Haizea López.

Esta joven de veintiocho años lleva publicando más de una década. Cuenta con más de ochenta novelas en el mercado, la gran mayoría best sellers nacionales, y tiene varios premios literarios a su espalda.

Se describe a sí misma como una persona soñadora con una imaginación hiperactiva, que nunca para quieta y que siempre tiene historias que contar. Le encanta el chocolate, el helado, el buen vino, la novela negra y las historias de amor que te hacen vibrar.

Puedes encontrarla en IG como @haizealopezoficial si quieres seguir sus andanzas literarias y compartir con ella sus procesos creativos.

